

Entre Piratas

D. M. Ruiz



Capítulo 1

Día 1

Se preguntará usted como me embarque en esta aventura. Todo ocurrió un día de abril de mil setecientos dieciocho.

Recuerdo un jueves por la tarde. Salí de las clases de inglés que me daba mi amigo Jake Howard, era el único médico en toda la ciudad.

Hace mucho tiempo cuando yo tenía quince años le salvé de ser apaleado por unos chicos de los suburbios. Los conocía desde pequeña y no me costó mucho convencerlos, nunca me contó que hacía en ese barrio. Más tarde, descubrí que iba a visitar a su amante. Nunca se lo dije a su mujer pues sus clases me resultaban muy útiles, ese hombre me enseñó a escribir y a usar un lenguaje más adecuado como podéis ver.

La verdad es que no me enrole por mi propia cuenta fue un poco forzado.

El día empezó como siempre. Después de las clases fui a ayudar a mis padres con la tienda. Teníamos un pequeño anticuario al lado del puerto. De vez en cuando me entretenía mirando los barcos que pasaban he imaginándome las historias que les ocurrían en su viaje a los marineros.

Ese día vi en el fondeadero a un marinero un poco fuera de lo común, llevaba un turbante que le tapaba la cara, una túnica blanca y un rollo de papel en la mano. Estaba agitado, no paraba de mirar con su catalejo al horizonte del mar.

Tenía un pequeño barco, sucio, verdín y mal cuidado.

Imaginé que era un pirata de una gran tripulación, traicionó a su capitán y ahora deambula borracho por los puertos pidiendo limosna.

En ese momento, miro en mi dirección y se encaminó al anticuario. Tenía el paso lento y le costaba andar, más que un pirata parecía un vagabundo de la calle. Abrió la puerta de la tienda y se acercó al mostrador.

Le miré mostrando mi "sonrisa de atender clientes" como me enseñó mi madre y me devolvió un tosco gesto lleno de dientes amarillentos.

— ¿En qué puedo atenderle? Señor —pregunté con amabilidad, pensando que me iba a comprar u ofrecer alguna antigüedad.

Puso un rollo de tela sobre la mesa. Al observarlo más de cerca me di cuenta de que era una tela bastante vieja, con una cinta alrededor que la mantenía enrollada. Alargue la mano para recogerla, pero el hombre me agarró del brazo.

—No es para venderla, quiero que me la guardes durante un tiempo —dijo soltándome unos chelines en la mesa—. De aquí a un mes volveré a por ella y sabe Dios que si abres este rollo los tiburones y Davy Jones sabrán de ti en el fondo del mar.

Quería decirle que no me interesaba. Ese hombre me daba miedo, pero hacía tiempo que nuestros clientes escaseaban, pagar con tanta generosidad por una tarea tan sencilla nos vendría bien a mi familia.

—Vale... Espero que no me cause problemas.

—Tranquila volveré pronto. Por cierto, mi nombre es James Stone, espero que cumplas.

Me soltó del brazo y se marchó de vuelta a su barco. Elevo el ancla, desplegó las velas y estibó; perdiéndose por el horizonte.

Pasaron los meses y no supe más de ese hombre.

<< ¿James Stone fue el primer pirata que conoció? >>

Si, no tenía idea de quién era. Como bien sabe usted, los lobos de mar no van por ahí pregonándolo.

<< ¿Volvió a verlo? >>

Sí, pero no en la situación que usted cree...

Ocurrió una noche de domingo. Me encontraba en mi cama leyendo un libro de medicina que me recomendó mi amigo el doctor Jake. Un fuerte sonido en la tienda me distrajo de mi lectura, lo primero que pensé era que nos estaban robando. Me levanté de la cama y agarré un cepillo cercano. Bajé despacio las escaleras hasta el anticuario. Me quedé sentada en un escalón donde no pudieran verme, pero a la vez pudiera oír lo que estaban diciendo.

—Mi capitán aquí no está el mapa —escuché decir a uno de los ladrones.

—Claro que está aquí, Ben —dijo el Capitán—. Si este idiota nos miente lo haremos pasar por la quilla.

Tras decir eso escuché el sonido de alguien intentando hablar, pero algo

sé lo impedía.

—Cállate James, o tendré que callarte yo mismo.

No supe lo que estaba pasando, pero al oír el nombre de James recordé la vieja tela guardada en la caja fuerte.

Escuchaba ruidos de cajones removiéndose. Quería salir y echarlos a todos, pero tenía demasiado miedo. La puerta de la calle se abrió, era mi padre. Después del trabajo solía irse con unos amigos a beber a la taberna de enfrente. Los ladrones al escucharlo se quedaron callados y supuse que se escondieron.

Mi padre escuchó algo raro, pero no le dio mucha importancia. Encendió la luz y vio que estaba todo revuelto.

— ¿Quién ahí hay? —dijo con la voz tomada.

Los ladrones salieron de su escondite.

—Hola buen señor, quisiéramos comprarle algo —se excusó.

—Está cerrado. Fuera de aquí ¿No habéis visto el cartel? —les gritó mi padre.

—No tenemos tiempo para tonterías —dijo la voz del capitán.

Percibí el <<Click>> de un arma cargándose. Tras ello el sonido más horrible y espeluznante que jamás había oído atravesó mis tímpanos. Ese sonido... Todavía me despierta por las noches no dejándome dormir. Créame usted que no le deseo ese mal a nadie ni siquiera a mis mayores enemigos.

Salí corriendo de mi escondite y allí los vi. Mi padre estaba tumbado en el suelo desangrándose mientras que un hombre, sostenía una pistola. A su lado se encontraba James Stone, amordazado, pataleando e intentando escapar; mientras que otro se lo impedía.

La furia recorrió mi cuerpo. Agarré el cepillo con fuerza y embestí contra él. Era un hombre bastante grande, con una gran cicatriz en el ojo derecho, signo de haber entablado muchas batallas. No le costó mucho lanzarme una patada en el costado y hacerme volar hasta la pared.

—Que agresividad—dijo con sarcasmo mirando a su compañero.

Miré por el rabillo del ojo y vi a mi madre bajando las escaleras. Aquellos hombres me ignoraron por un segundo, aproveché para indicarle que se escondiera. Al instante entendió lo que estaba pasando, la mayoría de las

madres no dejarían a sus hijas tiradas para esconderse ellas, pero mi madre era inteligente y sabía que eso era lo mejor.

Subió de nuevo sin hacer ruido y se perdió por el pasillo.

La atención de los piratas volvió a mí.

— ¿Estas tu sola o hay más invitados?

—No. Vivimos solos mi padre y yo.

Mis palabras sirvieron para convencerle de no subir y comprobar si eran ciertas, cuando creía que me iba a librar. Sacó su arma y me apunto.

— ¡Espera! —Dijo el otro individuo—. Puede que ella sepa dónde está el mapa.

Se acercó a mí y me ayudo a levantarme, era un hombre mayor con el pelo canoso, barba poblada y ojos rasgados.

—Me llamo Ben, soy el contramaestre y este es el capitán, Alan Muller, ¿cómo te llamas?

—Dayana Flich.

—Dayana, ¿conoces a este hombre? —dijo señalando a James Stone.

—Si —le respondí.

—Entonces guardaste tú el mapa ¿no?

Supuse que el mapa sería el trajo viejo que me trajo meses atrás. Era un pedido de un cliente, y no podía dárselo a nadie, las circunstancias y un arma apuntándome me hizo romper con el acuerdo que hice con James Stone.

Saqué del bolsillo la llave de la caja fuerte. Me acerqué detrás del mostrador y puse la caja en lo alto. La abrí y saqué el rollo de tela.

El capitán me lo quitó con gran habilidad de las manos. Deslió la cinta y lo desplegó. El dibujo de una isla se extendía por toda la tela. No me dio tiempo a ver todo el mapa, pues se lo guardó en su chaqueta al instante.

Me apuntó de nuevo con la pistola. Miré a mi padre tendido en el suelo. Se me saltó una lagrima, iba a acabar como él si no hacia algo al respecto.

— ¡Espera...! —Dije en un arrebato de esperanza en sobrevivir—. Puedo

ser útil.

El capitán guardó su arma.

—Te escucho.

Intenté pensar rápido, ¿En qué podía serle útil a un pirata? Recordé a mi amigo Jake y los libros de medicina que me prestó, podría serle útil un médico de a bordo. No suelen abundar entre los piratas.

—Puedo ser vuestro matasanos, fui ayudante de un médico muy famoso de la ciudad.

Los piratas se miraron, pero el capitán no parecía muy convencido.

—No sé qué pensarían nuestros camaradas de una mujer pirata —dijo el Capitán.

Ben, se acercó a mí y saco su cuchillo. No he logrado convencerlos pensé. Pero no fue así, me agarró de la coleta y con golpe seco me la cortó.

—Ahora eres un joven grumete.

Ben, me mandó a buscar algo de ropa para parecer un hombre y pasar desapercibida entre su tripulación. Me amenazó con su cuchillo por si intentaba escaparme. Subí las escaleras entre a mi habitación y abrí mi armario. Mi madre estaba escondida dentro. Al principio se asustó, pero al darse cuenta de que era yo salió y me abrazó.

— ¿Que ha pasado hija? escuche ruido y cuando baje las escaleras me pediste que me escondiera.

Miré a mi madre con tristeza, no sabía si decirle que mi padre había muerto y que estaba tirado como un perro en el suelo de la tienda. Fui muy egoísta y no le conté nada para no verla sufrir.

—Mama, me tengo que ir —le di un beso—. Si no lo hago me matarán.

—Pero... Hija, ¿quién te va a matar?

—Los piratas— le respondí. Evitando llorar para no preocuparla demasiado.

No quería quedarme mucho tiempo, los piratas podrían subir y encontrar a mi madre. Cogí ropa del armario de mi padre y me la puse. No era muy alto así que me entraba a la perfección.

Miré por última vez a mi madre.

—Tranquila, conseguiré escapar y volveré a casa.

Bajé las escaleras y acompañé a los piratas.

El capitán se dirigió a la puerta. Apuntó con la pistola al rehén y con un leve apretón de gatillo lo mató.

—Vamos rápido antes de que alguien se alerte por los disparos —dijo mientras volvía a enfundar su arma.

Salimos de la tienda dejándolo todo atrás. Pensaba que iban a tener un barco encallado en el fondeadero, pero no era así. Su barco

Capítulo 2

Día 2

No crea usted que adaptarse a vivir en un barco me fue fácil. El balanceo por las noches me mareaba, el sonido de las olas rompiendo contra el casco no me dejaban dormir, para colmo la imagen de mi padre muerto tirado en el suelo volvía a mí en forma de pesadilla.

— ¡Agua va! —uno de los piratas me hecho un cubo de agua encima para despertarme.

Me levanté un poco confundida, todos los bucaneros estaban ya en sus puestos de trabajo.

— ¡Daniel! —Me llamó el contramaestre Ben—. Sal a limpiar la cubierta.

En un primer momento lo ignoré, pero al rato me di cuenta que era a mí. Me levanté y salí del camarote. Debía ser muy temprano, el sol se reflejaba en el horizonte y la luz me cegaba los ojos. Ben, me esperaba con un cepillo, un cubo y una sonrisa pícara.

— ¿No iba a ser el matasanos? —le pregunté.

—Aun así, sigues siendo un grumete. Cuando te necesitemos de matasanos te lo diremos. Por ahora, tenemos piratas enteros y borrachos.

Agarré el cepillo con enfado y seguí las ordenes. Tenía pensado escapar al mínimo despiste, pero por ahora era mejor no llamar la atención, aunque era muy difícil.

Estuve toda la mañana limpiando la cubierta, pero siempre estaba sucia. No paraban de pasar personas de un lado para otro y siempre la ensuciaban, llegue a creer que lo hacían a posta.

— ¡Eh! que he acabado de limpiar —Le dije a un grupo de piratas que pasaban por allí dejándolo todo hecho un asco.

Eran un grupo de cuatro piratas, él más alentado dio un paso al frente. Tenía una nariz aguileña acompañada de una ligera chepa y un pelo moreno muy largo.

—Creo que este grumete no se ha enterado de quien manda aquí.

Sus compañeros asintieron.

—Vamos a descubrir si hoy tienes suerte, chico —el pirata se sacó una moneda del bolsillo—. Si sale cara, te libras; Si sale cruz, tendrás que aprender a respetarme.

Lanzó la moneda al aire, esta empezó a girar y cuando cayó en su muñeca la destapo.

—Cruz, hoy no hay suerte para ti.

Sus amigos me sujetaron entre los tres, por más que lo intentaba no podía zafarme de ellos. Me agarraron del cuello y me metieron la cabeza en un cubo lleno de agua, faltó poco para que me ahogaran, cuando pensaron que era suficiente, me sacaron la cabeza del cubo soltándome un empujón y dejándome tirada.

Cuando poco a poco me levanté me di cuenta de que otra vez estaba el suelo sucio así que por orden del teniente tuve que volver a limpiarlo todo. Por fin acabe. El cocinero nos llamó para comer. Deje el cubo y el cepillo a un lado y con toda el hambre del mundo entre en la cubierta media. El oficial estaba sentado en una mesa haciéndome señales.

—Coge un plato para que te sirva el cocinero —Me indicó.

Me acerqué al cocinero con un plato. Era un hombre mayor, con un gorro de cocina bastante extravagante. Agarró mi plato y me hecho un mejunje pastoso que parecía estar en muy mal estado, coloco una galleta a su lado y me lo devolvió.

—¿Qué es esto? —Le pregunté al cocinero.

—Oh là là, C'est puré de patatas —me respondió con una mezcla de francés e inglés.

Me senté al lado de Ben, me fiaba más de él que del resto de la tripulación. Tal vez, evitar que el capitán me matara ayudo un poco.

Terminé de comer el puré que sabía a rayos y dejé la galleta para el final. Bendita mi inocencia y no darme cuenta de que todos me miraban. Pegue un bocado a la galleta, esta estaba dura como un madero. Al llevármela a la boca noté un leve cosquilleo en el paladar. Volví a mirarla y me asusté al ver que alrededor de ella pululaban un montón de insectos dando vueltas.

Escupí la galleta a la vez que el resto de los tripulantes se reían.

—Tienes que golpear la galleta contra la pared para quitarle los insectos y luego mojarla para que no esté tan dura —dijo Ben mientras se reía.

A mí no me hizo gracia además pase mucha vergüenza. Después de comer llegamos a un puerto de otra ciudad. El capitán y su tripulación salieron a comprar provisiones y divertirse en los burdeles, los únicos que se quedaron en el barco fueron Ben y unos cuantos camaradas suyos.

El capitán les dejó vigilándome para que no me escapara. A mí, me ordenó limpiar su camarote.

Era una habitación pequeña, con una librería, un mini bar y una mesa llena de papeles, Ben se quedó en cubierta mientras que yo limpiaba. O eso pensaba que hacía.

La curiosidad de una niña de esa edad era muy grande como para no registrarlo todo.

¿Nunca se ha hecho esa pregunta? ¿Qué tiene un capitán pirata en su camarote?

Abrí casi todos los armarios y cajones: pistolas, cuchillos, ron, monedas antiguas, una foto familiar, una manzana mordida; Todo parecía bastante normal. Me faltaba un cajón por registrar, pero no conseguía abrirlo.

Busqué por todos lados algo que utilizar para abrir el cajón, al final decidí usar uno de los cuchillos del capitán. Sabe el diablo que bien abrí ese maldito cajón y que cuando vives en un barrio tan pobre como el mío cualquier arrapiezo sabe abrir una simple cerradura.

Como podéis adivinar no había otra cosa en el cajón que no fuera el mapa del tesoro.

— ¡¿Daniel has terminado de limpiar?!

Escuché al oficial Ben subiendo las escaleras. Me guardé el mapa del tesoro en el bolsillo junto con el cuchillo y cerré de nuevo el cajón. Agarré el paño y disimulé haciendo ver que estaba limpiando.

— ¡Sí!

El oficial entró a la habitación y no se dio cuenta del rollo de tela que llevaba en mis bolsillos ni siquiera me registró por si me llevaba algo, grave error por su parte.

Salí del camarote. El capitán había vuelto con el resto de la tripulación. Mientras todos cenaban y cantaban viejas canciones marineras busqué un escondite para el mapa, encontré uno en el guardarropa así que lo dejé allí junto con el cuchillo.

<< ¿No cree que el guardarropa era un mal escondite?>>.

No, y es que vera, los piratas no suelen cambiarse de ropa muy a menudo.

Bueno, por donde iba. Ah, ya. Los días siguientes se prolongaban monótonos. De nuevo ese grupo de piratas me empezaba a molestar. Me enteré que el cabecilla de ellos se llamaba Adam Smith o Adam <El Matón> debido a que disfrutaba haciendo alardes de superioridad ante los más débiles. Estuve soportando sus pequeñas bromas hasta que un día se pasó de la raya.

Era de noche, las pesadillas con la muerte de mi padre habían cesado, por lo que podía dormir sin ningún problema. Me encontraba en un profundo sueño cuando una mano me tapó la boca. Intenté gritar, pero ningún pirata logro escucharme, mis agresores eran Adam y sus tres secuaces. Me ataron de manos y pies y me llevaron a hombros. Yo pataleaba y gritaba, pero no servía de nada, salimos a la superficie y me subieron por los obenques. Cuando llegamos hasta la cola agarraron otra cuerda.

Adam sacó de su bolsillo otra vez la maldita moneda.

—Cara, te libras; Cruz, te quedas aquí.

Lanzó la moneda al aire, dio varias vueltas la miro y dijo.

—Cruz, te quedas.

Me amordazaron y me ataron al palo mayor. Estuve sola toda la noche. Por más que pedía ayuda nadie me escuchaba.

Al día siguiente Ben me bajo.

— ¿Quién te ha atado?

No quise decirle sus nombres para evitar represarías por parte de ellos.

—No lo sé, no les vi la cara—le respondí.

Tras aquella trastada pase de querer escapar a querer deshacerme de Adam y un día mi oportunidad llegó.

Al capitán se le veía nervioso aquel día en el comedor. No dejaba de mirar a sus camaradas con duda. Se dio cuenta de que alguien le robó el mapa, pero no sabía quién. Y yo me cosqué de ello.

Cuando terminé de comer fui corriendo al guardarropa y empecé a rebuscar, ahí seguía el mapa. Me aseguré de que nadie me descubriera, entonces lo vi. Vi mi oportunidad de deshacerme de ese maldito. Su chaqueta estaba colgando en una silla esperando a que yo la usara para acabar con él.

Rebusqué en su interior. En la chaqueta encontré la moneda que llevaba siempre encima, era una moneda con dos caras iguales y ambas eran cruz, el muy maldito solo jugaba conmigo. Me quedé la moneda y le metí el mapa en bolsillo interior, marchándome de allí corriendo.

Al llegar la tarde el capitán nos llamó a todos a cubierta.

—Os tengo que informar de algo—dijo el capitán—alguien me ha robado el mapa.

La tripulación murmuró.

—Por ello, me veo obligado a registraros uno a uno.

Todos los piratas formaron una fila. Adam, tenía la chaqueta puesta y se le veía tranquilo.

Empezaron a registrar a todos los piratas. Cuando Ben llegó a mí me inspeccionó, pero solo saco la moneda.

— ¿De dónde has sacado esto? —Me preguntó.

—Es un recuerdo familiar—le respondí.

No volvió a preguntarme más, simplemente me devolvió la moneda.

Cuando llegó a registrar a Adam le sacó el mapa de la chaqueta.

— ¿Cómo has podido Adam? —le dijo Ben.

—Es... Imposible yo... No he robado nada capitán —decía incrédulo—. Alguien lo ha debido poner hay.

El capitán lo miró decepcionado.

—Lo siento Adam las reglas son las reglas.

El teniente, ordenó mantenerlo encerrado hasta llegar a tierra. Eso no tardó mucho en suceder. Encontramos un archipiélago en mitad del trayecto desde "The Isles of Scilly" hasta Puerto Rico. El teniente lo dejó solo en una de las islas con agua, una barra de pan y un cuchillo.

Yo me asomé por la borda para despedirme de él. Lancé la moneda al aire haciendo que cayera en mi muñeca.

—<<Cruz>> —Dije solo moviendo los labios.

Al verme con la moneda supo quien le tendió la trampa, su orgullo fue herido por una niña de quince años, lo que le hizo desmoronarse y maldecir su suerte.

No volví a tener más problemas por parte de sus amigos, al acabar con el macho alfa la manada se achanta.

Llevábamos muchos días en alta mar y los problemas empezaban a aparecer, las provisiones escaseaban, las enfermedades entre la tripulación aparecían poco a poco y ningún barco para abordar se acercó en todo lo que estuve en alta mar. El condestable controlaba la comida con mucho cuidado y no se comía más de lo necesario, además la falta de ron hacia mella en los piratas.

Las pesadillas habían vuelto y no podía dormir. Me levanté de la hamaca, los ronquidos crepitantes de los piratas les hacían parecer morsas realizando su llamada de apareamiento. Me moví entre ellos esquivando articulaciones e intentando no despertarlos. Me quedé sentada en una esquina mirando por el ojo de buey para relajarme.

La inmensidad del cielo me hizo sentirme insignificante observando los millones de estrellas que se alzaban en el cielo. Me preguntaba ¿seguirán vivas en el futuro?

Noté una ráfaga de viento que provenía del suelo. Al levantarme me di cuenta de que estaba sentada en una trampilla. Intenté abrirla, pero estaba cerrada, busqué por todo el camarote. Tenía curiosidad por lo que podía encontrar, fui a por el cuchillo robado del camarote del capitán, con un poco de habilidad conseguí abrir la trampilla, una escalerilla de madera conducía a una habitación oscura. Baje por las escaleras, estaba todo oscuro y mis ojos tardaron un poco en acostumbrarse. Un montón de cajas se amontonaban en una esquina, había encontrado la bodega. Las abrí con el cuchillo para ver su contenido: patatas del nuevo mundo, fruta, galletas sin insectos; No era mucha cantidad, pero tenía hambre.

Cuando me llené el estómago subí de nuevo cerrando la trampilla, esa

noche dormí como nunca antes lo había hecho.

Por la tarde me tocó ejercer de doctora, cuando hay hambre suelen venir las enfermedades.

El primer paciente del día llegó. Era Tom el flaco, la escasez de comida había hecho que persiguiera una rata para comérsela, y lo consiguió.

— ¿A quién se le ocurre comerse una rata? —le pregunté.

—Sabes tú matasanos que cuando el hambre arrecia cualquier bicho que se mueve es comida —dijo con el desparpajo y el cerrado acento de un lobo de mar.

— ¿Te la comiste viva?

Con un pirata cualquier cosa es posible, lo veía capaz de comérsela viva y estar la rata en su estómago intentando salir.

—No, la apuñalé con mi navaja y cayó muerta.

—Esperemos que no te haya contagiado la rabia o la peste —le puse la mano en la cabeza—. No tienes fiebre si te sube dímelo, puede que te tengamos que poner en cuarentena. Por ahora, te quedarás aquí.

No paré de recibir pacientes en todo el día: deshidrataciones, diarreas, mareos. Cuando llegaba la noche podía tomarme un descanso en la bodega para reponer fuerzas.

<< ¿No te remordía la conciencia, tu comiendo y los piratas muriéndose de hambre?>>.

Ni el más mínimo remordimiento. Es más, como recordará ellos empezaron saqueando mi tienda y matando a mi padre. Por mí como si se morían de hambre.

Como iba diciendo esa era la mejor parte del día, pero todo lo bueno siempre es breve por lo que al final me pillaron.

Unos de los días visitando la bodega. Cuando terminé de comer subí las escalerillas para volver a la cama, pero en mitad de camino un frío filo de acero me cortó el paso.

—Mirad a quien tenemos aquí —dijo el teniente—. Si es el pequeño Daniel robándonos la comida.

Me sacó de la bodega de un salto, la suerte me acompañaba puesto que

un gritó se escuchó a lo lejos.

¡Barco pirata a la vista! —decía.

El teniente me soltó, cogió armas y se marchó rápidamente con el resto de piratas, yo me quedé allí sola esperando mi castigo o a la muerte por otros piratas. Al cabo de unas horas de un raro silencio un pirata que no conocía abrió la puerta del camarote.

—Señor Bonnet, aquí hay un niño.

Otro pirata le apartó del camino, era rubio y portaba una elegante ropa parecida a la de un burgués, pero tenía la ruda mirada típica de un pirata. Se acercó y me tendió la mano.

¿Cómo te llamas niño?

—Daniel Flich.

—Ven conmigo, te sacaré de aquí.

Me llevó a cubierta, todos los piratas del barco estaban amenazados con pistolas. El Capitán, también lo estaba y me miraba con duda al ver como el pirata me llevaba con él.

Hasta ese instante no me fijé, pero nos rodeaban tres barcos. Dos de ellos se llamaban: El Revenge y El Adventure.

El último barco estaba abarloado por estribor, era una gran fragata con unos veinte cañones por banda. Una bandera negra, ondeando en lo alto. Tenía el dibujo de un esqueleto con una lanza atravesando un corazón, La piel se me erizó. Todo iba de mal en peor, debido a que la bandera que ondeaba en todo lo alto era la del pirata Barbanegra.

Capítulo 3

Día 13

Me dejé embaucar por Bonnet. Me encerró en los calabozos dentro del << Venganza de la reina Anna >> Al menos, no volvería a ver a esos piratas que tantos problemas me causaron pensé.

Compartí celda con un chico de más o menos mi edad, de raza africana y con el pelo rapado. Su nombre era Mamadou, fue vendido como esclavo y trasladado en un negrero inglés hasta América. En ese barco aprendió a hablar un poco de inglés solo escuchando a los marines. El negrero fue atacado por Barbanegra que lo secuestro y lo encerró junto con otros niños en diferentes celdas, los adultos fueron dejados a la deriva y solo se quedaron con los niños.

Le pregunté por qué solo querían a los niños, pero no me supo responder.

Al día siguiente un pirata me trajo un plato de comida, lo lanzó por debajo de las rejas. No había podido dormir muy bien, no estaba acostumbrada al frío y duro suelo. En el plato de comida había una sardina y una galleta, Me comí el pescado con toda el ansia del mundo, estaba muerta de hambre. Golpeé la galleta contra la pared y me la comí.

— ¿Qué hacer? —me preguntó Mamadou.

—Es para quitar los insectos de las galletas —le respondí.

Mamadou frunció el ceño.

— ¿No gusta bichos? en mi país comerlos.

—No, no me gustan —le respondí.

Me fijé en el collar de cuentas que tenía colgado en el cuello, era precioso. Las cuentas estaban hechas de piedrecitas con colores muy llamativos, talladas en espiral en forma de caracolas.

— ¿Dónde lo has comprado? —le pregunté.

—No comprar —dijo enseñándomelo—. Mi madre regalo en cumpleaños.

Estuvimos encerrados mucho tiempo a mi parecer. Por el día no veíamos ningún pirata salvo a la hora de comer. Contábamos los días con una

piedra que rasgábamos contra la pared, hacíamos siempre lo mismo, nos levantábamos por la mañana y nos contábamos historias de nuestras vidas antes de ser secuestrados, luego comíamos para después jugar al Mancala; un juego africano que me enseñó Mamadou en que utilizábamos piedras y semillas de las galletas para jugar. También escuchábamos las conversaciones de los piratas que estaban en la habitación de al lado. Así descubrimos que nos dirigíamos a las Américas y que los piratas tienen un vocabulario de juramentos bastante amplio a pesar de ser analfabetos.

Más tarde cenábamos y volvíamos a dormir. Pero uno de esos días se rompió la rutina.

Era de noche, estábamos a punto de irnos a dormir cuando Bonnet entró en los calabozos.

—Hoy, uno de vosotros va a salir fuera.

Me levanté entusiasmada. Por fin, nos iba a sacar de allí a uno de los dos. Bonnet señaló con el dedo echándolo a suertes eligió a uno.

—El elegido va a ser hum... El nuevo.

El nerviosismo invadió mi cuerpo, Mamadou no parecía muy contento, tenía la mirada perdida. Me despedí de él pero me ignoro, sabía lo que iba a pasar.

Bonnet me sacó de la celda. Entramos a la cubierta media, el excesivo silencio me pareció extraño no vislumbre ningún pirata por esa zona, en el anterior barco me di cuenta de que solía ser una zona muy transitada, pero estaba vacía. Subimos las escaleras hasta la cubierta superior, allí estaban todos los piratas arremolinados en un círculo esperando. Mientras bebían ron y cantaban una saloma marinera.

¿Cuál es el barco más grande de todos?

iHey-jo, dear Queen Anne!

Navega orgullosa, veinte cañones por banda

iHey-jo, dear Queen Anne!

La fragata Concordia era su antiguo apodo

iHey-jo, dear Queen Anne!

El Capitán Teach aumento su fama

iHey-jo, dear Queen Anne!

iQueen Anna's revenge is called!

Surcando los mares no tienes rival

iQueen Anna's revenge is called!

A todos los barcos hundes en el mar.

Bonnet los calló a todos antes de que terminaran la canción.

—Chicos ya tenemos espectáculo para esta noche.

Los viejos lobos de mar se quejaron por haberle cortado la canción. Bonnet ordenó de nuevo silencio y explicó en qué consistía el espectáculo esa noche.

—Calmaos, vamos a hacer algo mejor que cantar canciones, vamos a ver una pelea.

Quise escapar, pero estaba atada de manos. Si me habían sacado de los calabozos no era para hacerme trabajar o venderme a algún burgués, sino para usarme de divertimento.

Gritaron entusiasmados rodeándome. Me sentí muy intimidada al ver tantos piratas mirándome con botellas de vino y empujándome al centro del círculo.

Otro bucanero acercó a un niño al centro del círculo, era africano al igual que Mamadou, pero más alto que yo. El chico sabía lo que tenía que hacer, era como si hubiera estado toda la vida entre piratas, golpear o ser golpeado.

Lanzó un puñetazo que hizo estrellarme hasta al borde del círculo. De un empujón me devolvieron al centro. Cuando volví aprovechó para golpearme y tirarme al suelo, se colocó encima y siguió golpeándome. Yo intenté protegerme cubriéndome la cara con los brazos, pero no sirvió de nada. Mi cara estaba llena de moratones y magulladuras. Bonnet, me sacó del círculo un tanto nervioso miró hacia la cubierta del capitán llevándome de vuelta a la celda.

—Toma —dijo dándome una botella de vino casi vacía y un pañuelo—. Cúrate con esto, mañana pelearas mejor o sacaremos a tu amigo a pelear.

Mamadou me ayudó a curarme las heridas de la cara. Le conté todo lo que

había pasado, pero el ya estaba al corriente de las peleas en el barco.

—Contra quien pelear.

Le describí al chico, Mamadou dejó el vino a un lado y me miró.

—Se llama Ekon, ser hijo de guerrero, acostumbra pelear.

— ¿Cómo puedo ganarle?

Mamadou negó con la cabeza.

—Tu débil, el fuerte.

Agachó la cabeza, pero no tardó en ocurrírsele algo, se quitó el collar de cuentas del cuello y lo enrolló alrededor de mi puño después, lo cubrió con el pañuelo.

—Tu débil, collar duro —dijo golpeando su mano contra mi puño.

Tenía razón, yo era más débil que él y gracias a las cuentas podría provocarle mucho más daño. No quería herir a nadie, pero como dije antes, era golpear o ser golpeado.

Al día siguiente, me dolían todavía las heridas. Al anochecer Bonnet me sacó de nuevo de la celda para pelear. Sin que se diera cuenta, me enrollé el collar en la mano y lo tapé con el pañuelo.

— ¿Para qué es ese pañuelo? —Me preguntó.

—Ayer me hice daño en los nudillos —le respondí.

Bonnet me creyó. De nuevo, salí a la cubierta superior. Esta vez, el chico estaba allí esperando. Me intimidaba con la mirada mientras que me iba acercando. Los piratas ya habían formado un círculo, no cantaban ninguna canción solo bebían y jugaban a las cartas. Hicieron un hueco para meterme en el círculo y cuando logró llamar la atención no tardó mucho en decir:

— ¡Que comience la pelea!

Estaba nerviosa, Ekon hacia amagos de atacarme mientras que nos movíamos en círculos.

— ¡Vamos Luchad! —decía algún pirata que otro.

Ekon se abalanzó a por mí. De nuevo me lanzo al suelo quedando encima mía pero esta vez no iba a ser tan ilusa. Agarre su brazo, metí mi pierna

derecha entre las suyas y la alcé haciendo que rodara por encima mía. Me levanté aprovechando que estaba de rodillas para darle un puñetazo con la mano que tenía el collar, este cayó al suelo. Volví sobre mis pasos cogiendo distancia mientras me quejaba de dolor por haberle pegado un puñetazo.

Los piratas gritaron eufóricos al ver que este combate era más emocionante que el de ayer. Ekon se levantó furioso y me aplacó, intente aguantarlo, pero mi barriga no podía más, consiguió derribarme haciendo que mi espalda chocara contra el suelo. Esta vez, no me serviría el mismo truco pues no lo tenía encima sino a mi lado. Me golpeó de nuevo a bocajarro en la cara, pero no cayó en que tenía las piernas libres, por lo que le solté una patada. Este se llevó la mano a la nariz llena de sangre, Al ver el rojo de su sangre me vinieron a la mente visiones; visiones de mi padre en el suelo cubierto por ese mismo líquido, imágenes de los piratas golpeándome. Los odiaba; Odiaba los piratas con toda mi alma. Se me nubló la vista, Ekon estaba delante y mi odio lo pagué con él. Me abalancé, comencé a golpearle a bocajarro mientras la rabia recorría mi cuerpo.

Bonnet me separó. Ekon estaba tirando el suelo casi llorando mientras me miraba con odio. Me llevó hasta la celda mirando de nuevo hacia el camarote del capitán. Cerró la puerta y se sentó en una silla cercana.

—Sabía que podías ganar, aposté cinco libras a que lo harías.

Lo miré con desprecio y escupí en el suelo.

—Eh no me mires así, si no hiciera esto me obligarían a dejarte abandonado.

— ¿Insinúas que lo haces por mí?

—Claro que no, lo hago porque quiero divertirme. Yo era de una familia de bien, pero todo era muy monótono y aburrido, me compré un barco y me hice pirata. Luego conocí a Barbanegra en Nassau. Más tarde mi tripulación me abandono, uniéndose a la de Barbanegra. Yo me quedé de invitado de honor.

Me quité el pañuelo de la mano y le devolví el collar a Mamadou.

—Quédatelo —me dijo dándomelo de vuelta.

Bonnet me aplaudió.

—Has utilizado ese collar para que tus golpes fueran más efectivos, muy inteligente por tu parte —Se levantó para marcharse—. Pero la próxima

vez eso no te va a servir.

Los días pasaron y no volví a salir, lo que no sabía si era una buena o mala noticia.

Una de las noches nos la pasamos escuchando la conversación de dos piratas en la habitación de al lado.

—Las cosas cada vez van de mal en peor, hay más contagiados de lo que pensábamos —dijo uno de ellos.

—El capitán está perdiendo credibilidad, creo que hay gente amotinándose. Hace tiempo que no está presente cuando abordamos un barco. Algunos lo tachan de cobarde —dijo el otro.

—Está encerrado en su camarote como una rata.

Se escuchó un golpe en la mesa.

—No hables así del capitán, rufián nos salvó el pellejo contra ese barco inglés.

—Está bien, puede que tengas razón, pero si no espabila por muy fiero que sea, no podrá el solo contra unos diez o más hombres.

—Seguro que el capitán tiene un plan para calmar las cosas.

Uno de los piratas tosió casi tan fuerte que parecía estar al lado en nuestra celda.

—Según me han contado nos dirigimos a Charlestone, supongo que iremos a comprar más esclavos o provisiones, pero estamos escasos de reales, el ultimo barco que atracamos solo llevaba un poco de comida y algunas monedas.

— ¿Y qué dices del mapa del tesoro? algunos camaradas dicen que Bonnet encontró uno en el camarote del capitán de aquel barco.

—Eso es mentira, no creo que ese capitán de poca monta tuviera un mapa del tesoro.

No escuchamos nada más interesante, solo risas, cánticos y chistes de marineros.

Nos preguntábamos que pasaría si hubiera un motín, nos venderían, nos dejarían libres u nos obligarían a trabajar limpiando la cubierta. No podíamos saberlo, por ahora solo sabíamos que íbamos de camino a

Charlestone.

Una de las noches, pasó algo que me iba a cambiar mi vida.

Me acomodé y me tumbé en el suelo dispuesta a dormir, pero el sonido de la puerta abriéndose me despertó. Bonnet apareció tras ella.

—Prepárate, hoy toca pelea.

Otra vez tendría que pelear, volví a entrar al coliseo. O eso me imaginaba que era. Todos hicieron un círculo y Bonnet se colocó a mi lado.

—Ya sé que lo estabais pidiendo, llega la hora de que viéramos un poco de más sangre —dijo Bonnet.

Los piratas vitorearon.

—Queridos caballeros de fortuna, el primer guerrero se llama ¡Daniel Flich!

Unos hombres se acercaron y me entregaron un cuchillo. Nunca había manejado un cuchillo, solo para ayudar a mi madre a hacer la comida y robar algún que otro mapa, pero nunca los había utilizado para pelear. Si me daban un arma era por que esperaban ver mucha sangre.

Bonnet continuó con su verborrea.

—... Y su rival en un combate a muerte será... ¡Mamadou!

La sangre se me heló al ver a dos hombres sacar de la puerta de los camarotes a Mamadou, a él también le entregaron un cuchillo, se me saltaron las lágrimas, yo no quería luchar contra él; Era mi amigo. Y en este mundo de maleantes y saqueadores es muy difícil encontrar uno.

Nos rodearon empujándonos al centro, él también tenía los ojos húmedos y no levantaba la mirada del suelo.

—Una batalla entre grandes amigos, ¿Quién ganara? —Bonnet se acercó a mí oído—. En caso de que ninguno de los dos pelee, moriréis.

Este se retiró.

— ¡Que comience el combate!

Ninguno de los dos se movió del sitio. No estábamos dispuestos a combatir. Pero, si no peleábamos moriríamos los dos.

Mamadou levantó la mirada. Tenía los ojos rojos de haber llorado, agarró su cuchillo con fuerza. Me asusté, todo lo que habíamos pasado en la celda y ahora por culpa de esos piratas lo iba a echar por la borda y asesinarme. Pero su amistad era mucho más grande que la diversión de unos piratas e incluso que la vida misma. Levantó el cuchillo apuntando hacia su propio corazón y se lo clavó con la frialdad de un guerrero que mata sin escrúpulos. Cayó al suelo mientras que de sus labios leí: <<Adiós>>.

Capítulo 4

Día 31

Mamadaou se desplomó. Quise ir a socorrerlo, pero me pararon los pies. Se sacrificó por mí para que pudiera seguir viva tenía que ayudarlo.

—Llevadlo de vuelta a la celda —le dijo Bonnet a uno de sus camaradas impidiéndome verle.

Me agarró tirando de mí. Se me saltaban las lágrimas mientras intentaba golpearle. Quería volver y ayudar a Mamadou, seguro que algo de lo que me enseñó mi amigo Jake, servía para salvarle pensé, pero en el fondo sabía que ya era tarde. El pirata tiró de mí hasta los camarotes, pero me resistí propinándole un pisotón. Se retorció de dolor mientras yo me giraba para ver a mi amigo tirado en el suelo.

Los piratas se arremolinaban a su alrededor para comprobar si seguía vivo. Un sentimiento de ira me lleno por dentro, todo esto fue culpa de solo una persona pensé. No era nada más y nada menos que Barbanegra, él era el responsable de su tripulación y, por ende, de sus actos.

Me giré de nuevo, todavía estaba recuperándose del pisotón, era mi oportunidad de tomar venganza. Subí por el castillo de popa hasta los aposentos del capitán. La puerta estaba abierta pues ningún camarada se atrevía a entrar sin pedir permiso.

— ¡Eh! El niño ha entrado en la habitación del capitán.

Se dieron cuenta de lo que tenía pensado hacer, pero ya era demasiado tarde, ya estaba dentro. Cerré la puerta con un tablón de madera antes de que llegaran.

El camarote era enorme, una gran mesa con mapas y utensilios de navegación, una alfombra de piel y una lámpara en el techo, era una habitación de lujo. Exploré la habitación en busca de algo afilado con lo que matar a Barbanegra. Encontré un cuchillo, me lo guardé en el bolsillo trasero. Seguí observando la habitación cuando me topé con un cuadro. En él, se ilustraba a un hombre de pelo largo, bigote y perilla que posaba con el paisaje de un puerto a sus espaldas.

—Henry Morgan —dijo una voz grave detrás de mí. Se convirtió en gobernador de Jamaica, todo un ejemplo.

Me giré, viendo una enorme figura que se cernía sobre mí, desprendía un olor a ron y pólvora bastante característico pero su aspecto era lo más aterrador; sus ojos intimidantes me miraban desde arriba, su desaliñada barba y su pelo alborotado debajo del sombrero hacían una combinación aterradora, por no hablar de sus pistolas y cuchillos amarrados al cinturón.

Me asusté cayéndome al suelo.

—Capitán —Golpearon la puerta—. ¿Está usted bien?

—Claro que si idiota —le gritó.

Siguió mirando el cuadro casi ignorándome.

—Aquí están estos tres —Dijo mirando otro cuadro en donde había dos hombres y una mujer—. Las juergas que monta el rufián de Vane son increíbles.

Saqué el cuchillo y lo agarré con fuerza temblorosa pero dispuesta a atacar.

—Eso sí, nunca te fíes de él, no me gustan sus métodos —siguió ignorándome—. En cambio, Jack, ese chico tiene futuro. Su ambición y su sentido de la justicia son dignos de alabanza. Tiene madera de capitán, espero que algún día lo sea.

Con el cuchillo en mano, ayudada por el miedo y la furia, lo acometí. A pesar de ser tan grande su habilidad no era poca, me esquivo a la vez que me quitaba el cuchillo y lo tiraba al suelo.

Él seguía a lo suyo sin inmutarse.

—Por último y no menos importante, Anne, la primera mujer pirata si no me equivoco. Recuerdo en una ocasión que le vi romperle una botella de ron a un hombre por decirle que el Adventure Galley era el barco más rápido de todos. Es una chica muy rebelde como tú.

Me sorprendí bastante, Sabía que era una chica.

Él, me respondió como si me hubiera leído la mente.

—A mí no me puedes engañar poniéndote un pañuelo en la cabeza y un pantalón de hombre —se sentó y posó los pies sobre la mesa—. Por cierto ¿Qué haces en mi camarote?

Me agaché sin quitarle la mirada para coger el cuchillo.

—He venido a matarte.

— ¿Matarme? —se rio—. ¿Por qué quieres matarme?

—Tú y tu tripulación sois los causantes de que muriera mi amigo, y ya estoy harta de los piratas.

Se levantó y saco una pistola del cinturón poniéndola encima de la mesa.

— ¡¿Que ha hecho mi tripulación?! —dijo alzando tanto la voz que me asusté.

Le expliqué todo lo que me paso desde que me encerraron en la celda, y para mi sorpresa Barbanegra se sobresaltó.

—Esos filibusteros van a saber quién es su capitán —Agarró la pistola y salió al castillo de popa, se asomó por la baranda, alzo su pistola y disparo al aire.

Salí con él y me asomé al balcón. Había un montón de piratas, más de los que creía. El capitán alzo la voz.

— ¡Malditos seáis mis camaradas, me he enterado por esta chica, que habéis hecho peleas ilegales con los esclavos! —se oyó un murmullo, todos comentaban el hecho de que una chica estaba entre ellos y no se dieron cuenta.

El capitán los calló.

— ¡No pondré ningún castigo, pero la próxima vez os dejare en tierra, aunque me quede solo! ¡¿Está claro?!

—Si capitán —contestaron todos a la vez.

—A partir de ahora esta niña será propiedad del capitán, y quien le ponga la mano encima se las verá conmigo.

Busqué por todos lados a Mamadou pero no lo encontraba.

— ¿Y Mamadou? —le pregunté a Barbanegra.

El capitán miró de un lado a otro.

—Llamad al matasanos.

Los piratas obedecieron rápido, haciendo que el matasanos del barco saliera de la cubierta media, sus guantes blancos estaban teñidos del color de la sangre y miraba al capitán con decepción.

—No he podido salvarlo, ha sido muerte súbita.

Barbanegra intento consolarme.

— ¡Haced los preparativos, hagámosle una ceremonia funeraria!

La verdad es que sirvió un poco para consolarme, envolvieron a Mamadou en un manto blanco y lo colocaron en un bote. El capitán dijo las palabras honoríficas:

—Que Neptuno guie tu camino hasta tierra —Barbanegra se quitó un pendiente y se lo colocó a Mamadou—. Con esto podrás pagarte un entierro digno.

Un grupo de bucaneros empujaron el bote haciendo que se perdiera por el horizonte, flotando por el mar y siguiendo un rumbo desconocido.

Después de la ceremonia volvimos al camarote. Este me invitó a sentarme, no me fiaba de él, pero la imagen que tenía de Barbanegra cambio, pues en todo lo que llevaba en el mar entre piratas. Nunca me habían pedido disculpas.

—Lo siento —me dijo—. He estado estos últimos días muy ocupado y he dejado a Bonnet al mando. Ese bastardo se va a enterar. Están prohibidas las peleas en el barco. Forma parte del código pirata.

No sé si usted ha oído hablar del código pirata, pues yo nunca lo había escuchado y tenía curiosidad. Me senté a su lado y le pregunté en qué consistía.

—Son leyes y reglas, chica —Me explicó—. ¿Crees que somos unos salvajes por todo lo que te han hecho? Es muy duro ser un pirata, hay quienes son malos porque no tienen otra opción. En un mundo lleno de mentirosos y aprovechados, o comes o te comen.

—Si es tan duro ser un pirata, ¿Por qué te hiciste uno? —le pregunté.

—Buena pregunta. Y la respuesta está en lo que nosotros llamamos el legado pirata, no espero que lo entiendas. Estoy seguro de que un día descubrirás por qué muchos hombres dejan sus vidas para echarse a la mar.

Me sorprendí al darme cuenta que Barbanegra, uno de los piratas más fieros de los siete mares era respetuoso y amable con una niña de quince

años.

Se me fue la noche hablando del código pirata, me contó lo que pasaría en caso de un motín en un barco, la distribución de un botín y como se elegía a otro capitán mediante votación. Me acordé de lo que escuché cuando estaba en los calabozos. Iban a hacer un motín contra él, empezó a caerme bien por lo que decidí avisarle.

—Sabía que esto podía suceder, hay camaradas enfermos y he perdido el miedo que les infundía, ves esta ciudad —señaló en el mapa del mundo la ciudad de Charlestone—. Este es nuestro rumbo, tengo un plan para recuperar mi reputación en el barco y curar a mis compañeros a la vez. Vamos a asediar la ciudad. Lo llevo planeando durante mucho tiempo.

Se hizo tarde por lo que Barbanegra me dejó dormir en una habitación que tenía a su lado. La diferencia entre una hamaca y la comodidad de una cama hizo que casi se me olvidara la muerte de mi amigo. Agarré su collar y dormí tranquila, esperando que él y mi padre me estuvieran protegiendo desde el cielo.

A la mañana siguiente salí de la habitación, Barbanegra se levantó temprano. Tenía un montón de documentos y mapas a su lado. Estaba planeando el asedio a la ciudad.

— ¿Ya te has despertado? —Se levantó y cerró su mapa—. Hay que comunicarle el plan a la tripulación.

En ese instante llamaron a la puerta, El capitán abrió. Bonnet, le esperaba detrás.

—Capitán, creo que tenemos problemas, hay piratas reuniéndose.

Al escucharlo salió del camarote, bajo rápido las escaleras hasta la cubierta y levantó los brazos.

—Ya sé que he perdido mi respeto, hace tiempo que no atracamos un barco lleno de oro, pero eso va a cambiar a partir de hoy.

Sus hombres empezaron a murmurar, hasta que uno de ellos habló.

—¡Eso dijiste la última vez! —El resto de piratas asintieron.

—Entonces, Que queréis ¿Una votación? y a quien vais a elegir para ser capitán ¿A Bonnet? —dijo señalándolo.

Bonnet elevó las cejas.

—Bien, si no tenéis nada más de lo que quejaros os explicaré que vamos a hacer—añadió el capitán.

Barbanegra les explicó el plan para asediar la ciudad de Charlestone, saltándose algunos conceptos, pero haciendo hincapié en otros como la recompensa.

Su tripulación volvió a murmurar.

—Es muy peligroso—dijo uno.

—Pero en esa ciudad hay mucho oro, puede salir bien— añadió otro.

El capitán se rascó la barba.

—Está bien. Le explicaremos la situación al resto de la tripulación de los otros barcos y lo decidiremos a votación.

Recorrimos los barcos haciendo recuento de votación. Treinta votos a favor y treinta en contra.

—Esto no puede quedar así, estamos cerca de la ciudad, hay que decidir— Dijo el capitán.

Entonces a Barbanegra se le ocurrió algo al mirarme.

—Todavía queda un votante— añadió señalándome.

Su tripulación se quejó.

—Bastante le habéis hecho pasar para que ahora no pueda ni decidir—
—Añadió.

Nadie dijo nada por lo que Barbanegra me miró esperando mi respuesta. Si era parte de la tripulación tenía que aprovecharme de ello así que decidí chantajearles.

—Si soy parte de la tripulación, merezco el mismo porcentaje que el resto ¿no?

—Sí. —Me respondió.

—Más daños y perjuicios por hacerme pelear —añadí ateniéndome al código pirata que me enseñó el capitán.

Barbanegra miró a sus camaradas, ninguno se quejó, y me atrevo a decir

que estaban hasta avergonzados.

—Si —volvió a repetir.

Al llegar la noche, ya estábamos en el Folly Island Channel, me asomé a la popa, unos hombres salieron del Adventure con unos botes, casi no podía verlos debido a la densa niebla los ocultaba. Pocas horas después Bonnet se acercó a Barbanegra.

—Mi capitán, Israel Hands ya ha mandado a sus hombres.

—Está bien, ¡Arriad las velas! ¡Bogaremos hasta puerto!

En poco tiempo ya estábamos entrando en el río Cooper. Cuando llegamos al puerto los tres barcos se colocaron en fila, soltaron las anclas y fondearon de manera que la ciudad se veía desde babor.

Todo quedo en silencio. Hasta que el capitán dio órdenes de nuevo.

— ¡Izad la bandera negra! ¡Levantad los cañones!

La bandera de Barbanegra ondeo en todo lo alto, al verlo los demás barcos lo imitaron. Veinticuatro cañones de los tres barcos apuntaban a la ciudad. No tardaron en darse cuenta de lo que estaba pasando. La campana sonó. La gente salía de sus casas despavorida mientras que los <Casacas Rojas> les ayudaban a refugiarse. Los Casacas rodearon el puerto armados con mosquetes y viéndose como insectos frente a los cañones de tres barcos. Uno de los generales dio órdenes de mantener la posición.

—Soy el general Winslow ¿Que quiere Barbanegra de esta ciudad?

El capitán, que estaba agachado junto con el resto de piratas sacó algo de su bolsillo.

En las leyendas decían que del rostro de Barbanegra salía un humo procedente de los mismísimos avernos, y la verdad es que no era más que unas cerillas las cuales mojaba en algún líquido especial, que al encenderlas y colocarlas debajo del sombrero provocaban un efecto aterrador.

El capitán se subió de un salto a la borda. Haciendo que los soldados se asustaran al ver su aspecto.

—Quiero todo el oro de vuestro banco, comida y medicinas para mi tripulación.

El general se rió.

—¿Que me impide dar orden de matar al temido Barbanegra?

El capitán levantó las manos, del barco Adventure salidos de la nada unos rehenes fueron tirados por la borda. No llegaron a caer al agua, ya que estaban atados con cuerdas gruesas.

De nuevo el ejército se asustó pues daba veracidad a la otra leyenda de que Barbanegra podía controlar las cuerdas de sus barcos.

Capítulo 5

Día 36

Los militares nos dejaron entrar en la ciudad, parecía que el plan iba según lo previsto por el capitán, ayude a cargar las cajas llenas de oro y medicinas hasta los barcos.

Os preguntareis el por qué no escapé. Estaba protegida por Barbanegra y prefería ser parte de la tripulación de un barco lleno de oro y comida que escapar y vagabundear por todas las Américas.

Pasaron ya cinco días desde que llegamos a puerto. En una de las ocasiones en las que cargaba cajas vi al General Winslow hablar a hurtadillas con un hombre que supe más tarde que era el alcalde de la ciudad. No logré escuchar lo que decían, pero imaginé que buscaban un lugar más seguro para hablar. Dejé una caja llena de oro y los seguí, por suerte todos estaban demasiado ocupados y nadie me había visto, fueron hasta una casa apartada un poco de la ciudad. Me quedé oculta detrás de unos arbustos, la ventana estaba abierta así que pude escuchar la conversación.

—Aquí no nos escucha nadie ¿No? —Preguntó el general Winslow

—Estamos bastante lejos de la ciudad—dijo el alcalde.

—Tenemos que hacer algo con esos piratas están dejando la ciudad sin nada de dinero.

— ¿Has contactado con La Armada?

—Sí, he enviado un soldado a la ciudad; mañana temprano ya estarán aquí.

La Armada estaba de camino. Tenía que avisar a Barbanegra pero me quede un rato más, quería saber cuáles eran sus planes.

— ¿Qué hacemos con los rehenes?, aunque venga la armada no podrán atacar a los piratas sin hacerles daño.

—No hay más remedio. Esta noche los mataremos a todos.

No podía creer lo que escuchaban mis oídos un general le daba mayor importancia al recuperar el oro que a salvar vidas humanas. Tenía que avisar al capitán. Salí corriendo de allí. Llegué al fondeadero esquivando

piratas que subían cajas por la pasarela, fui hasta el camarote del capitán y toqué la puerta desesperada.

Barbanegra salió. Estaba reunido con los capitanes y los segundos de sus barcos, parecía muy ocupado.

— ¿Qué quieres pequeña Dayana?

—Mañana por la mañana va a venir la Armada —dije alterada—. Están planeando atacarnos con un ejército. Se lo he escuchado a Wislow.

—Qué más da. Nosotros tenemos cañones y muchos hombres dispuestos a contraatacar. Además, tenemos rehenes. No atacarán.

—Pero Wislow ha decidido matar a los rehenes antes de que venga la armada.

Barbanegra se lo pensó. Miró a sus hombres que escuchaban nuestra conversación y volvió a mí.

—Pues que los maten, no es nuestro asunto.

Cerró la puerta en mis narices, no podía dejar que unos inocentes murieran. Barbanegra no se fiaba que sus hombres me dejaran en paz, así que seguía durmiendo en la habitación de su camarote. Escapé de allí como pude, el barco estaba silencioso. La tripulación se había ido a dormir pronto, pues se lo ordenó a todos para que estuvieran despiertos y frescos para la batalla.

Saqué el cuchillo que había robado de su habitación. Cogí un bote y salí del barco. Era de noche y el viento me hacía tambalearme, agarré los remos e intenté no volcar, cuando conseguí llegar hasta el Adventure de un salto me agarre al ancla; Subí por las cadenas y me enganché al forro desplazándome por él. Los dedos me quemaban, estuve a punto de resbalarme, pero conseguí llegar y quedarme sentada en uno de los cañones. A mi lado un rehén se alegró al ver que lo iban a rescatar. Le desaté de manos y piernas dejándole solo colgado de la cintura. Iba a cortar la parte que lo enganchaba al barco, pero decidí subirme e ir soltando la cuerda poco a poco para que no cayera al agua e hiciera ruido. Cuando llegue arriba, por poco me caigo del susto, un pirata estaba sentado junto a una botella de ron cantando una canción.

—Quince hombres sobre el ihip!

Era el responsable de vigilar a los rehenes. Quedaba poco para que amaneciera, la presión se vino sobre mí, tenía que hacerlo, era él o diez rehenes inocentes. Me intenté convencer a mí misma de que ese hombre

lo merecía.

—Era un pirata seguro que irá al infierno— pensé. Subí por la borda y me acerqué por su espalda, levanté el brazo para clavarle el cuchillo, pero este se alertó.

—Ni lo intentes.

Me quede paralizada ¿Cómo se dio cuenta de que estaba allí?

—No tienes mucha experiencia matando ¿Verdad?

Era estúpida. Mi figura se reflejaba en la botella de ron que tenía enfrente. Bajé el cuchillo, pero él aprovecho para estirar la pierna y barrerme con un giro. Quede tumbada en el suelo, sacó su pistola y me apuntó. Mi piel se tensó, tenía el cañón apuntándome a la cara. Apretó el gatillo y.., no disparó. Al muy imbécil se le olvido recargar la pistola. El cuchillo estaba a mi lado, se entretuvo intentando descubrir que le pasaba a la pistola, esta vez era él o yo. Agarré el cuchillo y antes de que se diera cuenta me levanté, cerré los ojos y le clavé el cuchillo.

El cuerpo se desplomó en el suelo. Solté el cuchillo y me fui a una esquina del barco a vomitar, el sol estaba a punto de salir. Fui a por los rehenes intentando mantener mi mente ocupada salvándolos, maté a un hombre y no me lo quitaba de la cabeza. Cuando terminé de rescatarlos a todos, volvieron rápidamente a la ciudad con sus familias, dándome las gracias. Ese problema ya estaba solucionado, solo faltaba evitar que Barbanegra se enfrentara a la Armada.

Intente bajar de nuevo por las cadenas del ancla, cuando el sonido del aire cortado por una bala pasó por mi lado.

Me agaché corriendo detrás de la borda y me asomé para ver de dónde venía la bala. Más de mil soldados con grandes cañones y catapultas armados hasta los dientes se vislumbraban por el horizonte. No tardarían mucho en llegar por lo que volví a La Venganza de la Reina Ana lo más rápido que pude. Subí al barco, con un poco de dificultad, y entré en el camarote del capitán llamando a la puerta de su habitación.

— ¡Capitán, ya está aquí la armada!

Logré escuchar un montón de maldiciones antes de que saliera de su habitación.

—Hay que avisar a los camaradas para el combate.

— ¡No! no podemos ganarles hay que retirarse, son miles con cañones y

catapultas, ni siquiera estos tres barcos podrían hacerle frente.

Barbanegra se rascó la barba.

—Si no combato contra ellos volverán a perder la confianza en mí y me llamarán cobarde, ¿no lo entiendes chica?

—Lo contrario, si salimos con vida de aquí serás el primer capitán, o quizás, el último en asediar un puerto y vaciarlo de oro casi al completo.

Barbanegra apretó los puños.

—Está bien, quizás tengas razón. Nos retiraremos.

El capitán salió y llamó a sus camaradas.

— ¡Elevad anclas! ¡Desplegad velas!

Los barcos zarparon, dando la vuelta a Drum Island para salir por Charleston Harbor y volver a mar abierto. Las balas y los cañonazos resonaban en el barco, pero no llegaban a su destino.

<<Entonces ¿Es cierto que participó en el asedio a Charlestone por parte de Barbanegra?>>

Si, participé.

<<Según tengo entendido dejó el barco de Barbanegra>>

No lo dejé, lo abandonaron. Al día siguiente de haber escapado del asedio. Barbanegra ordenó a Bonnet ir en el Revenge a por su indulto de parte del gobernador, mientras tanto, nos ordenó cargar parte del oro en el Adventure.

Según escuche de algunos tripulantes llegamos a robar del banco unas mil quinientas libras y cuarenta cajas grandes de medicinas. Cuando llegó la noche volví al camarote del capitán. La puerta estaba cerrada así que llamé.

Israel Hands la abrió.

— ¿Qué quieres? estamos ocupados.

—Bueno... Es que yo duermo...

Barbanegra, se asomó desde atrás.

—Déjala entrar Hands, es de confianza.

Entré al camarote y, Hands, se sentó en la mesa junto a el capitán.

—Siéntate —Me dijo Barbanegra señalando a la silla—. Vamos a explicarte que plan tenemos para el oro.

Hand y Barbanegra tenían planeado dejar a Bonnet en La Venganza de la Reina Anna con algunos de sus hombres. Mientras tanto, ellos se irían en el Adventure con parte de la tripulación y todo el oro y así repartirlo entre menos gente.

—¿Vais a dejar a vuestros camaradas solos y sin el botín?

—Es mejor así— dijo Hands—. Si lo repartimos entre tantos se lo gastaran rápido, en prostitutas y bebida. Luego querrán más.

—Si —le interrumpió Barbanegra—. Y yo ya quiero retirarme de la piratería. Además, le he dejado un gran barco a Bonnet, y los hombres que se van a quedar en el barco son de su total confianza. Estoy seguro de que prefiere eso al oro.

—Vale, ¿y cuando nos vamos? —le pregunté.

Hand y el capitán se miraron.

—Tú te quedas con Bonnet—dijo Hands.

Barbanegra abrió un cajón de la mesa y puso un sacó de oro en lo alto

—Esta es tu parte, más daños y perjuicios—dijo riéndose.

—Pero...

Hands me cortó.

—Es lo mejor, si viajas con nosotros puede ser muy peligroso. Seguramente Bonnet te dejara en tierra y con ese dinero podrás regresar a casa.

Miré al saco de monedas, la verdad es que tenía razón. Lo mejor era que me quedara en el barco con Bonnet e intentar que no me pillara con mi parte del oro.

Me despedí de ellos y volví al otro barco. A la mañana siguiente el Adventure ya no estaba. Cuando Bonnet regresó en el Revenge solo éramos unos cuarenta, contando a los niños y adultos africanos que

impulsaban los remos.

— ¡¿Dónde está Barbanegra?! —preguntó al poner un pie en el barco.

—Ha huido con todo el oro —dijo un pirata.

Bonnet dio un golpe a la borda.

—Sera cabrón, se ha quedado con todo el oro.

Me di cuenta, mirando a mi alrededor, que todos los piratas que se encontraban en el mismo barco que yo, eran los mismos que me habían hecho pelear contra Mamadou, quise pensar que Barbanegra lo había hecho a posta y que ese era su castigo a los piratas por hacerme sufrir.

Bonnet me encontró con la mirada.

—Pero que tenemos aquí, si es la niña que estropeo mi plan.

— ¿Tu plan? —le pregunté.

—Sí, yo era el causante del motín contra el capitán, pero luego se le ocurrió la idea de asediar la ciudad y puso a muchos hombres de su lado. Y si no fuera por ti, el asedio no habría ocurrido y sería yo el capitán.

La verdad, es que no me esperaba que Bonnet quisiera ser capitán.

— ¿Pero no eras su camarada?

—Eso no tiene nada que ver. Mi tripulación me dejó tirado uniéndose a la suya y él me acogió, e incluso me ha dejado un barco y una tripulación, pero estaba harto de su sentido de la justicia y el código pirata—dijo entre burlas—. Es una tontería.

Bonnet se acercó a mí y me registro encontrando la bolsita con el oro.

— ¡Ja! lo sabía, Barbanegra es demasiado débil mentalmente como para dejar a una niñita tirada sin nada en las manos.

Intenté recuperarlo, pero él me empujó tirándome al suelo.

— ¡Chicos! ¡Fijad rumbo, nos marchamos!

Puso rumbo a Nueva Providencia, Nassau. Allí nos vendió en el mercado a mí y al resto de esclavos del barco. Al poco tiempo una mujer me compró por quince libras. Para trabajar en un burdel de moza sirviendo comida y limpiando habitaciones, aquella mujer era amable conmigo, no puedo

decir lo mismo de los clientes.

Pasé allí mucho tiempo creyendo que me iba a librar de los piratas, sin embargo, resultaba que uno de ellos había tomado el control de la isla. Su nombre Charles Vane.

Capítulo 6

Día 106

<< ¿Cuándo conoció a ese grupo de piratas?>>

Rondaba mediados de agosto. Servía copas en el burdel de Nassau, era una ciudad dominada por los piratas, algunos marines vivían allí ignorando sus fechorías debido a que traían cargamentos de provisiones para vender.

Era difícil trabajar, los borrachos y aprovechados abundaban el lugar y no me dejaban en paz.

En una ocasión, me encontré en el bar del burdel con un sargento llamado Garry Brown, era un borracho y estaba casi siempre sobrepasándose con las rameras, pero nadie le decía nada al ser un sargento. Yo, era la encargada de recoger el dinero que les daban los hombres a las rameras por sus servicios, al sargento le pedía más dinero para quedarme con el resto.

Era un hombre bastante repulsivo y se creía el rey de todo, pero un día le dieron una lección.

Fui a servirle una copa, como siempre estaba rodeado de rameras eligiendo quien sería la elegida para esa noche, le serví la copa, me gire para volver a la cocina y él me dio una palmada en el trasero, quería estamparle la copa en la cabeza, pero la dueña del burdel vio mis intenciones y me hecho una mirada asesina.

— ¿Por qué no trabajas de ramera? Te elegiría todas las noches —me dijo.

Miré de nuevo a la dueña que me negaba con la cabeza. Así que, respiré hondo y me retiré. Lo que más me molestaba era que nadie le decía nada.

Después de que aquel hombre llevara ya unas cuantas copas, ella, apareció por la puerta. Era una mujer joven, con un sombrero que la hacía parecer misteriosa y dura a la vez. Los clientes murmuraban y le apartaban la mirada.

La mujer se acercó lentamente a la barra caminando como un rudo

herrero, pero sin perder su feminidad.

—Una de ron —le dijo al barman.

El sargento se dio cuenta de su presencia, y como era costumbre la ultrajó.

— ¡Eh! pelirroja, ¿tienes ese color en todos los pelos de tu cuerpo? —dijo con una falsa risa forzada.

Nadie le ríó la gracia, y ella tampoco le hizo el más mínimo caso.

Un cliente que estaba sentado en la mesa de al lado le aconsejó que no era buena idea meterse con ella.

—Garry, es pirata —le dijo en voz baja.

El sargento con un alarde de valentía y ego se siguió burlando.

—Oh una mujer pirata, tengo miedo.

Esta vez sí llamó su atención. Se le acercó con toda la tranquilidad del mundo se posó delante de él mirando fijamente y escupiéndole en los zapatos.

Garry se levantó plantándole cara, pero ella con un ligero movimiento le agarró de las joyas de la corona y tiro de ellas hacia arriba.

— ¿Tienes algún problema con que sea mujer? —dijo con una voz suave, pero intimidante.

—No —le respondió con la voz cortada.

Con la otra mano sacó una pistola de su chaqueta les apuntó a sus partes bajas a quemarropa.

—Menos mal que no tienes ningún problema, puedo convertirte en una mujer ¿Quieres ser una mujer?

Este negó con la cabeza.

Soltó al sargento, lo que hizo que saliera corriendo mientras que la mujer ocupaba su asiento.

<< Aquella mujer era la pirata Anne Bonny ¿verdad? >>

En persona, pero Garry no lo sabía, ni siquiera conocía a su capitán. Por qué horas más tarde el sargento se presentó en el burdel con un pelotón

de cinco hombres.

—Esa es —Le dijo a uno de ellos señalando a Anne.

El hombre se acercó y le apuntó a la cara, Anne ni se inmutó. Seguía tumbada y con los pies en lo alto de la mesa, mientras jugaba a las cartas con unos piratas del lugar.

—Arriba las manos, pirata, estas arrestada.

Sus camaradas que jugaban con ella se partieron de risa. Se levantó haciéndole frente al hombre.

—Vamos “Boon” enséñale quien es nuestra oficial.

Anne estaba dispuesta a entablar combate, y estoy segura de que les hubiera dado una paliza a todos a pesar de su desventaja numérica. Levantó el puño para pegar el primer golpe, pero alguien conocido para ella interrumpió.

Iba vestido con una casaca roja, y unas botas y sombrero a juego. Al principio lo confundí con uno de los soldados del puerto de Charleston, luego me di cuenta de que era un pirata, el mismísimo Jack Rackham.

Jack, parecía rehuir de las peleas.

—Oh, no. Esperad caballeros —dijo interponiéndose entre Anne y el soldado—. ¿Alguien me puede explicar que pasa aquí?

—Esa mujer me ha agredido —dijo Garry—. A mí, un sargento a la orden de la reina.

Anne, hizo un reflejo de golpear al soldado, pero Jack la paró.

—Tengo una idea, porque no resolvemos esto fuera, como buenos hombres y damas —dijo mirando a Anne y guiñándole el ojo—. Este humilde burdel puede recibir ciertos daños.

—Está bien —dijo Garry convencido.

—Vosotros primero —Aclaró Jack.

Parecía que todos los piratas se habían puesto de acuerdo para quedar en el burdel, ya que otro de ellos apareció por la puerta. Tenía el pelo negro y largo, lo acompañaba con una ligera perilla, su aspecto era el de un vagabundo con ropajes oscuros, pero tenía esa mirada, la misma mirada

que tenía Barbanegra, intimidante y decidida.

— ¿Que está pasando aquí? —Dijo con una voz rota.

Los soldados se asustaron y bajaron las armas.

—Va...Vane no ha pasado nada, ya nos vamos.

Todos los militares salieron corriendo.

Jack se quejó.

—Capitán, ha estropeado mi plan. Tenía quince hombres ahí fuera esperando mis órdenes para matarlos.

—Déjalos, ya no volverán a molestar o si no, los desmembrare.

Para Charles Vane, desmembrar, descuartizar, despellejar, lo tenía muy aprendido, pues lo dijo con toda la naturalidad del mundo. Una cosa que aprendí de los piratas es que cuando hablan de cosas relacionadas con la violencia siempre va en serio.

Después de aquella exhibición por parte de la banda de Vane. Garry, no volvió a pisar el burdel durante un tiempo, hasta que llegó ese día.

Era muy tarde y yo cerraba el burdel ya que dormía allí. Estaba limpiando la cocina cuando Garry apareció por la puerta.

—Hola muchacha, vamos a hablar tú y yo.

Di un paso atrás asustada.

—No tengas miedo, ya es hora de que tengamos nuestro momento —se acercó a mí acariciándome—. Tranquila, no dolerá.

Me desabrochó la camiseta y me subió la falda... Usted ya puede imaginar lo que paso...

<< ¿Lo denunció, y salió impune?>>

No lo denuncié, pero tampoco salió impune, gritaba todo lo que podía, pero nadie parecía escucharme así que hice lo que tenía que hacer, agarré el cuchillo carnicero y se lo clavé. Esta vez la sensación fui muy distinta a la anterior, no me sentía culpable, es más, lo haría otra vez, le clavaría el cuchillo a ese maldito malnacido.

<< ¿Y a usted no la acusaron de asesinato?>>

No, Anne Bonny apareció. Y al verme con el cuchillo en la mano y el cuerpo en el suelo ni siquiera se atrevió a juzgarme. Es más, me ayudó.

—Una camarera, con carácter —dijo riéndose —Si no lo matabas tú lo habría hecho yo, así que. Te ayudaré a esconder el cadáver.

Me lavé las manos mientras que Anne metió el cadáver en un saco y salió del burdel.

—Quédate aquí, una pirata con un cadáver no suele llamar la atención.

Imaginé que lo tiraría al lago porque no tardó en volver.

— ¿Habías hecho esto antes? —me preguntó.

—Bueno...si una vez

—Tranquila, no se lo diré a nadie. Será nuestro secreto.

Después de aquello, estuve un buen tiempo sin ir a trabajar, tras aquel "incidente" me entraron más ganas de ahorrar dinero para volver con mi madre, allí tenía un hogar seguro y no me habría pasado nada de eso.

Me quedé varios días en mí habitación, alegando que estaba enferma. Un día salí para comprar cuando un joven cartero se topó conmigo.

— ¿Eres Dayana Flich? —me preguntó.

—Sí.

El joven abrió su cartera y me entregó una carta.

En ella ponía mi nombre, lo que era extraño ya que no tenía familia, solo mi madre y ella no sabía que seguía viva, así que no tenía idea de quien podía ser. Cogí la carta, cuando vi el sello por poco se me cae de la mano. Era la bandera de Barbanegra.

La abrí. Dentro de ella había un pañuelo de tela con algo escrito.

Querida Dayana:

Me he enterado que Bonnet te robo el oro que te di.

Quería enviarte dinero para que volvieras a tu casa, pero no me fio ni un pelo De esos malditos carteros. Por eso te he dejado el mapa que robe de

tu antiguo capitán.

Para que un día lo encuentres y puedas vivir con todos los lujos de un noble.

Postdata: sé que estas en Nassau, puede que te hayas encontrado

Con Anne Bonny, si es así. Enséñale el mapa, ella te ayudara a encontrar el tesoro.

Tiene debilidad ante las jóvenes piratas, y otra cosa más. Ni se te ocurra darle este mapa a Charles Vane, es un sádico.

Le di la vuelta al pañuelo. era el mapa del tesoro, de nuevo se encontraba en mis manos como si de una bendición o maldición se tratara. Me lo guardé en el bolsillo y fui a comprar. después volví al burdel, allí me encontré con Anne Bonny sentada, apostando con unos hombres a ver quién bebía más ron. Recuerdo que cada uno de ellos perdió unos cincuenta peniques.

Cuando los hombres se marcharon me acerqué a su mesa y le puse el mapa en lo alto. Ella me miró extrañada.

—Quiero que me lleves hasta aquí. Solo necesito el dinero suficiente para volver a Inglaterra, el resto te lo puedes quedar.

Dobló el mapa y le dio la vuelta leyendo el mensaje de Barbanegra.

—Así que fuiste una pirata de Barbanegra.

—Más o menos.

En ese momento Jack apareció por la puerta, yo adelanté el brazo para llevarme el mapa y esconderlo, pero Anne me agarró.

—Es de fiar.

Jack se acercó a la mesa y se sentó con una cara de mal humor.

—Otra vez el capitán ha degollado a un camarada por no haber cumplido la misión que le mandó, he intentado convencerlo, pero no hay manera. ¿Estás segura de que debemos esperar tanto para quitarle el mando?

—Jack no se dio cuenta del mapa en la mesa, lo que le cambio la mirada cuando lo vio—. Pero que tenemos aquí, pero si es un mapa.

—Esta niña me lo ha traído, era una pirata de Barbanegra. Ella solo quiere

una parte, si le ayudamos nos deja el resto.

Jack me miró con entusiasmo.

—Me parece buen trato —dijo estrechándome la mano.

Se puso sus gafas y observo el mapa detenidamente.

—Mmm... Creo que sé de qué isla se trata, según su geografía y el relieve, pero no estoy seguro.

Jack estaba a punto de decirme el nombre de la isla cuando una mano aparecida de las sombras le arrebató el mapa. Era Charles Vane.

—Con que un mapa que apunta a un tesoro, mejor me lo guardaré.

Jack se levantó para hacerle frente, pero Anne lo detuvo haciendo que se sentara.

—Ahora no —logré escuchar

Vane sé lo metió en el bolsillo y se lo guardó. Marchándose.

Los tres nos quedamos sentados sintiendo una gran impotencia al no poder recuperar el mapa.

La campana de alarma sonó. Salimos a la calle para ver lo que ocurría, mar adentro flotaban dos barcos de guerra apuntando hacia donde estábamos. No tardó mucho en venir un mensajero de aquellos barcos.

Los piratas y marines se arremolinaron para escucharlo.

—Por orden de Woodes Rogers, esta isla será tomada, y ejecutados los piratas que no han aceptado el perdón del rey Jorge I —declaró el pobre marine asustado.

Vane se enfadó. Sacó su pistola y le disparó. Nervioso, se marchó corriendo seguido por Anne Bonny y Jack Calico. Yo también los seguí sin que se dieran cuenta. Llegaron hasta la otra parte del puerto. Los buques de guerra se veían desde babor, dejando nuestro lado a sotavento.

— ¿Que vas a hacer Vane? —preguntó Jack.

— ¿Tú que crees? escapar.

—Si nos marchamos sin más nos darán caza esos buques, tengo una idea

mejor.

Jack empezó a cargar palos de madera en un bote que estaba varado, Anne y Vane no entendían nada, pero confiaban en la astucia de Jack, siguieron cargando palos hasta que lo vio suficientemente lleno como para incendiarlo con una hoguera que habían hecho unos vagabundos.

Vane llamó a su tripulación que se embarcó mientras que el bote incendiado se dirigía al buque. Este, choco contra el casco y poco a poco lo fue quemando. Eso sirvió de salida para que Vane y sus camaradas desplegaran velas. Los marines estaban demasiado distraídos y no se dieron cuenta de que un barco pirata se había escapado, Yo quería recuperar el mapa costase lo que costase, así que, me camuflé entre sus camaradas y me escondí en la bodega de polizón en su barco, el conocido como "Ranger".

Capítulo 7

Día 110

La bodega del Ranger era bastante grande, más que la del capitán Alan. Se extendía por casi todo el casco, por eso, cuando el Condestable bajaba para hacer recuento de la comida podía esconderme entre las cajas.

Tenía que encontrar a Anne y a Jack para que me ayudaran a recuperar el mapa. Esperé hasta la noche a que todos se durmieran y fui hasta los camarotes, subí las escaleras y abrí la puerta con cuidado, todo se veía oscuro y tarde un poco en acostumbrarme, un montón de hamacas se repartían en hilera, tuve que sacar mi acróbata interior para ir esquivando manos y piernas de piratas. Por fin, encontré la hamaca donde dormía Anne. La zarandee con cuidado para no despertar al resto.

Abrió los ojos y se dio un pequeño susto agarrándome del cuello y apretándome. Se percató de que era yo y me quitó la mano del cuello.

— ¿Qué haces aquí? —dijo en voz baja.

—Os seguí y me subí al barco. Tengo que recuperar el mapa.

Anne se levantó y se puso su sombrero.

—Está bien, despertemos a Jack.

Fuimos hasta la hamaca de Jack, Anne, le dio pequeños guantazos hasta despertarlo, este se levantó de un golpe.

— ¿Qué pasa? —dijo medio aturdido.

—Necesitamos tu ayuda, esta niña quiere recuperar el mapa.

Jack se frotó los ojos.

—Un polizón, como se entere el capitán la va a matar.

—Ya, por eso no se tiene que enterar —dijo Anne.

Jack se terminó de levantar y nos llevó de nuevo hasta la bodega. Ese lugar era seguro para hablar sobre un plan para quitarle el mapa a Vane. Jack, como empecé a creer que era costumbre. Ingenió un plan.

El capitán Vane tenía el hábito de quedarse para él un barril de vino, no le gustaba tener que ir a la bodega para echarse una copa. El plan era entregarle el barril de vino y esconderme yo dentro, para luego a la noche salir y robarle el mapa.

Al día siguiente, cuando llegó la noche y tocaba entregarle a Vane su vino. Jack, me metió en un barril vacío que encontró. Lo cargo como pude y me llevo hasta el camarote del capitán, tocando a la puerta.

—Capitán, su barril de vino.

Oí como abrían la puerta del camarote.

— ¿Jack? tu entregándome el barril, que ha pasado con Tom.

—Está enfermo. Me ha pedido que le entregue yo este barril para no contagiarlo.

Se hizo un silencio incomodo

—Está bien. Dámelo.

Noté el barril moviéndose y cambiando de mano dejándome en el suelo del camarote.

Esperé a que se hiciera tarde para salir del barril. Escuché cerrarse la puerta del dormitorio del capitán. Esa era mi oportunidad, así que salí. Había estado ya en dos camarotes de capitán, y este. El tercero, era el más extravagante, las paredes estaban pintadas de un tono oscuro, tenía animales disecados y los candiles que iluminaban la habitación parecían carabelas

Rebusqué entre los cajones hasta que por fin encontré el mapa, no lo tenía cerrado con llave ya que confiaba en que ninguno de sus compañeros se atreviera a robarle, lo abrí para comprobar si no me equivocaba y entonces una sombra se cernió sobre mí.

—Pero que tenemos aquí, si es una joven rata.

Me gire para ver a Charles Vane mirándome amenazante. Me agarró del brazo y me sacó fuera llevándome a la cubierta y gritando para despertar a sus camaradas.

— ¡Chicos salid!

Poco a poco fueron apareciendo piratas y rodeándonos, Jack y Anne al

verme se les palideció el rostro.

—Esta chica se ha colado en nuestro barco y ha intentado robarme.

Los piratas me abuchearon.

— ¿Que castigo recibirá?

—Mutilación —decía uno de sus camaradas.

—Azótala —decía otro.

Vane se llevó la mano a su perilla pensando.

—Ya se, y si la utilizó de diana.

Sus camaradas lo vitorearon.

—Está decidido, atadla—ordenó.

Cuatro hombres me ataron con una maroma al palo mayor, el capitán cargo su pistola con pólvora y me apuntó.

— ¿Dónde le disparó? —consulto de nuevo a sus camaradas.

—En el estómago.

—En la cabeza.

Vane se volvió a rascar la barbilla.

— ¿Que tal en la pierna?

Se escucharon vitoreos.

Vane volvió a apuntarme con su pistola y disparó.

Grité como nunca lo había hecho, mi pierna ardía, notaba como si un montón de abejas me hubieran clavado su aguijón en el mismo punto. Vane cargo para volverme a disparar, pero Jack no aguantaba más.

— ¡Basta!

Vane le hecho una mirada asesina.

— ¿Algún problema Rackham?

—No podemos hacerle un castigo tan duro si no sabemos qué te ha robado ¿y si solo ha cogido comida porque se muere de hambre? —Jack miró a sus camaradas—. ¿Y si estuvierais vosotros en esa situación?

Algunos de sus camaradas le dieron la razón.

—A vosotros no os importa.

—Entonces, ocultas algo a tus camaradas Vane. ¿Qué es lo que te ha intentado robar? —Preguntó Jack.

Vané se quedó callado, sabía que no iba a decir nada así que lo dije yo, confiando en Jack.

—El mapa de un tesoro —grité.

Se escucharon los murmullos entre la tripulación, la desconfianza hacia el capitán empezaba a crecer.

— ¡Cállate, niña! —dijo apuntándome.

Jack empezó a coger confianza.

—Entonces, ¿no lo niegas?

—Sí, es un mapa —dijo Vane enfadado—. ¿Qué pretendes con esto Jack?

— ¿Tenias un mapa de un tesoro guardado para ti? —Lo señaló—. No podemos confiar en un capitán así.

Vane se mosqueó maldiciendo a su camarada.

—Si yo fuera el capitán, os habríais enterado de mis planes y no viviríais con miedo, sino que me respetaríais por mi carácter de líder, ah y cambiaría esa bandera, no me gusta. Por eso propongo una votación para un nuevo capitán y yo me ofrezco candidato. Y como esto ha sido muy precipitado lo decidiremos de aquí a unos tres meses —declaró Jack.

Vane se enfadó.

—Me quitan mi isla unos buques ingleses y ahora mi contramaestre me quiere quitar el mando, te arrepentirás de esto Jack—Dijo mientras se volvía enfadado a su camarote —. Ah y otra cosa. Quiero esa niña fuera de este barco cuando veamos tierra.

Los piratas regresaron al camarote, Jack y Anne se acercaron corriendo a mí y me desataron. Le pedí su pañuelo a Anne para hacerme un

torniquete y parar la hemorragia como aprendí en los libros de medicina.

Me llevaron a ver a su doctor, que por suerte habían reclutado hace poco.

Me tumbé en la cama mientras que el doctor me curaba las heridas.

—Por fortuna, la bala solo le ha provocado una herida. No se encuentra dentro —dijo el doctor.

Anne se río.

—Vane no es famoso por su puntería.

El doctor miró extrañado al descubrir que fue Vane quien me disparó.

— ¿Cómo has conseguido que no te matara? —me preguntó.

—Fue Jack. Estuvo increíble —me gire hacia él—. Seguro que te votaran.

Este se sonrojo.

—Bueno, he dejado unos meses para poder convencer a algunos afines a Vane, pero no será muy difícil echarlo. Es un fiero pirata, pero tiene un cerebro de mosquito.

Estuve durante varias semanas en aquel barco protegida por Anne y Jack, hasta que por fin vimos tierra. No tuvieron más remedio que dejarme allí sola pues ya habían enfadado demasiado a su capitán como para desobedecerlo. Me dejaron una bolsa con comida, agua y un cuchillo. Jack me prometió que iba a intentar recuperar el mapa para así algún día devolvérmelo. También me dio una carta escrita por él en la que pedía a un amigo suyo que cuidara de mí, en la carta ponía su dirección, pero su casa estaba a varias millas del puerto.

—No le mires nunca su pierna —Me aconsejó Jack.

Me dejaron un bote y reme hasta la playa de Virginia. Debía dirigirme hasta la ciudad de Chesapeake. tarde unas siete horas en llegar a la ciudad, por suerte, mi pierna estaba del todo curada y pude aguantar todo el camino. Cuando por fin llegue mis piernas me temblaban, estaba muerta de sed y de hambre. Me acosté en un banco a descansar, me hallaba rendida, no estaba acostumbrada a hacer caminatas tan largas. En la isla donde nació, al ser un pueblo pequeño todo estaba bastante cerca.

Estaba tranquila mirando las estrellas a punto de quedarme dormida, entonces unos brazos me agarraron y tiraron de mí levantándome del

banco.

— ¿Qué hacéis?

—Esta arrestada, por bruja —dijo un soldado.

— ¿Como que bruja?

No me respondieron. Me llevaron calle abajo hasta una gran plaza llena de gente, en el centro unos postes rodeados de troncos de madera se alzaban a gran altura.

—Oh no, esto me lo sé —pensé.

Intente patear, pero no podía con ellos. Entre la multitud apareció un cura con una biblia y echándome agua bendita dijo.

—Por gloria de Dios, hay que quemar a esta bruja.

— ¡Esperad! —dije en uno de mis arrebatos por sobrevivir.

Por suerte todos se callaron, todavía no sé cómo lo hice, pero guardaron silencio.

— ¿Que pruebas tenéis de que soy una bruja?

—Eres una vagabunda. Las brujas son vagabundas —dijo una voz desde el fondo.

—Soy vagabunda porque soy pobre.

Otra voz habló.

—Las brujas son pobres.

Todos asintieron convencidos.

—Bueno, como iba diciendo—dijo el cura — ¡Quemadla!

Los guardias me agarraron fuerte para atarme al póster, pero el silbido de un objeto cortando el aire me salvó.

Uno de los guardias cayó al suelo, mientras que la gente corría asustada. Yo golpeé al otro guardia deshaciéndome de él, salí corriendo calle abajo y me escondí en un callejón que encontré. Cuando por fin creía que estaba fuera de peligro una mano apareció desde la oscuridad y me tapo la boca.

—Shh... Niña calla. Nos van a pillar.

Unos guardias aparecieron corriendo desde la calle principal, si no hubiera sido por aquel desconocido me habrían pillado.

Me giré para ver quién me había ayudado. Era un hombre anciano con varias marcas de guerra en la cara, unas lentes y una muleta que sujetaba una sola pierna. En su mano tenía una pistola, hay me di cuenta de que era el hombre que buscaba, el amigo de Jack, y el hombre que me había salvado de acabar quemada.

Le entregué la carta de Jack, al leerla este me miró.

—Está bien, te cuidaré. Por mi viejo amigo Jack, que una vez me salvó la vida ¿Cómo te llamas?

—Dayana Flich.

El me extendió la mano.

—Yo me llamo John Snake, Ex almirante de la cuarta división de la marina inglesa.

Capítulo 8

Día 115

El almirante Jhon Snake me acogió como si de una hija se tratara, tenía una casa bastante humilde para haber sido un Almirante. En la ciudad era bastante respetado, pero le tomaban por un viejo gruñón que vivía en el pasado. En el tiempo que estuve viviendo con él. Me contaba historias sobre sus aventuras como marine, le entusiasmaba contarlas, algunas las repetía, pero yo no le decía nada y le dejaba que me las contara. En una ocasión se me ocurrió preguntarle cómo podía ser que un almirante fuera amigo de un pirata.

Recuerdo muy bien ese día, el día que me contó aquella historia. Posó sus ojos sobre el fuego de la chimenea, como si eso le ayudara a recordar, y con la mirada perdida comenzó a contarme una historia que relataré con sus propias palabras e Intentaré recordarlo todo...

—Conocí al joven Jack en Inglaterra, todavía era almirante por esa época. Sus padres eran amigos míos desde hace mucho tiempo, pero murieron cuando fueron asaltados por piratas o eso pensaba yo. A pesar de ello siempre tuvo un gran afán por la piratería, era un joven muy energético y siempre estaba en la calle buscándose la vida. Robando, estafando... Tenía un gran talento para el crimen. En el fondo sabía que era buena persona, haber presenciado la muerte de sus padres pudo haber influido en sus hábitos criminales. No soportaba verlo mendigando y robando, así que decidí adoptarlo. Cuando se hizo mayor entabló una relación con mi hija.

Esa parte le afectaba bastante, ya que dio un pequeño descanso para coger fuerzas y seguir contando...

—Aceptaba aquella relación, lo único que no me gustaba era que Jack ganara dinero de una manera tan deshonrosa, así que decidí ofrecerle un puesto en la marina. ¡Ese cabezón lo rechazó! seguía queriendo ser pirata, tenía un odio inexplicable hacia el gobierno y la marina que más tarde descubrí.

Jhon se levantó del sillón y se marchó a su cuarto. Removió los cajones hasta que encontró lo que buscaba. Volvió con un papel con algo escrito en su dorso y siguió contándome la historia sin enseñarme su contenido.

—Un día, me encontraba en el cuartel general. Registraba los archivos de la marina para rellenar unos papeles, cuando vi este informe —dijo

entregándome el papel.

En él ponía: expediente Rackham.

<<No me suena ese documento>>.

Pues ese documento existía y recuerdo muy bien lo que decía:

Año 1682

Almirante de la flota Williams. La muerte de la familia Rackham no debió suceder.

Pero todo fue por el bien del gobierno, aquellos piratas los habían secuestrado y el barco iba a escapar con unos documentos militares muy importantes.

Por ello, decidimos actuar. Ordene disparar los cañones, ese maldito barco se hundió en el fondo del mar junto con esos piratas.

De la familia Rackham solo sobrevivió su único hijo. Jack, lo acogimos en el barco, pero se escapó al volver a puerto.

Cambiamos las vidas de sus padres por el bien del gobierno, pero no me arrepiento de nada.

Después de leerlo siguió contándome la historia.

—No me lo podía creer, fui a hablar con mis superiores, pero me lo negaron todo, decían que ese documento no era oficial y que eso no ocurrió nunca. Haré una notificación al gobierno les dije.

Me arrepentí de haber dicho aquellas palabras. Debí callarme y renunciar a la marina.

Cuando llegue a mi casa, estaba envuelta en llamas. lo primero que pensé fue en que Clarisse y Jack podrían estar dentro.

Intenté entrar para comprobar si había alguien.

Jhon se levantó para avivar la chimenea.

—El fuego estaba bastante extendido y la madera estaba bastante quemada. Cuando quise entrar, un trozo de fachada me cayó encima dejándome la pierna aplastada —Jhon se tocó la pierna—. Por suerte Jack y mi Hija fueron a dar un paseo horas antes del incendio y no les pilló dentro. No tardaron mucho en volver. Y al ver la casa en llamas se

acercaron corriendo.

Una lagrima se le saltó a Jhon.

—Jack ni sé lo pensó dos veces. Entro en la casa en llamas y salió de ella con un machete. Supe lo que iba a suceder, y me iba a doler bastante. Levantó el machete y con un seco tajo me cortó la pierna. Salvándome de quedar aplastado o envuelto en llamas. Se quito la camiseta y me hizo un torniquete, me levanto y me llevo a hombros alejándome de allí. No dimos ni dos pasos cuando tres marines aparecieron: chicos ayudadnos a salir de aquí. Les dije. Pero en vez de ayudarme los marines levantaron sus armas y apuntaron a Jack.

La cara de Jhon palideció cuando contó esa parte.

—Lo siento señor tenemos ordenes de acabar con ese pirata. Me dijeron. El marine cargo el arma, pero antes de que llegara a dispararle a Jack, mi hija, Clarisse, se interpuso haciendo que la bala le llegara directa al corazón. Ante aquel revuelo y confusión de los marines por haber matado a la hija de un Almirante, Jack aprovecho para sacar su pistola y con una gran habilidad acabó con los tres antes de que se dieran cuenta. Después de aquello renuncié a mi puesto como almirante, por ello no recibí ningún tipo de pensión. Jack y yo separamos nuestros caminos, él se enroló en la banda de Charles Vane, y yo vine aquí a Charlestone a vivir una vida más tranquila y humilde.

Me quedé a cuadros cuando me contó esa historia, ¿cómo unos hombres podían haber sufrido tanto por culpa del gobierno que se supone que los protege?

<<Y usted, ¿cree esa historia?>>

Claro que la creí, y la sigo creyendo. He visto las cosas que ha hecho el gobierno y la marina con mis propios ojos.

<< Después de eso te enrolaste en la marina ¿No es así?>>

Sí, Al principio yo no quería enrolarme en la marina, todo lo que me contó Jhon, me echo para atrás. Pero tenía que conseguir el dinero para volver a mi casa, así que Jhon me ayudó a entrar con una carta de recomendación a la marina de aquella ciudad.

<<Pero, ¿no tenía miedo de dejarte sola en la marina eras la primera mujer y entraste porque te recomendaron eso crearía envidias entre tus compañeros>>

Sí, halló en mí un talento para el que no pudo dejar pasar. Lo descubrió

con algo que pasó una tarde.

Todo ocurrió de camino al mercado, Jhon me pidió que comprara pescado, yo odiaba el pescado, a él le encantaba por lo que no tenía más remedio que comerlo. El mercado de aquella ciudad era enorme, una gran plaza llena de puestos de comida, ropa, sortijas y demás, que se disponían en fila haciendo que ni siquiera se viera el final del mercado.

Por al lado mía pasó uno de los hombres que me acusaron de bruja, Jhon aclaró a los militares que era su sobrina por lo que me dejaron en paz.

Recuerdo estar buscando la pescadera en el mercado cuando una mujer gitana con un pañuelo morado en la cabeza me llamó.

—Chica, ven. ¿Quieres que te lea la mano? —me preguntó.

—Está bien —le dije extendiéndole la mano

La agarró fuerte y observó detenidamente.

—Veo... Fama... Y dinero, mucho dinero, pero hay algo malo —La gitana me miró fijamente a los ojos —Tienes que tener cuidados con los <<buenos>> Ellos no son de fiar.

No entendí nada de lo que dijo, aunque más tarde lo descubrí como sabrá.

Le di unas cuantas monedas que me sobraban y me marché dándole las gracias. Busqué la pescadera, pero me fijé en otra cosa. En el centro de la plaza había unos cuantos niños de mi edad jugando con una pelota, se la pasaban el uno al otro, parecía divertido, echaba de menos jugar con mis amigas, echaba de menos mi hogar. En una de las ocasiones en las que se pasaban la pelota se les escapó y llegó a parar a mis pies.

— ¡Eh! niña pásame el balón —dijo un chico rubio mucho más alto que yo.

Ese niño era un maleducado y chocaba con mi carácter.

—Si quieres que te lo devuelva tienes que decir por favor.

Él y sus amigos se acercaron a mí, el rubio me pegó un empujón y me quito la pelota, yo le intenté devolver el empujón, pero me agarró de las dos manos tirando de mí y dándome un rodillazo en la barriga, le agarré y le tiré al suelo como había aprendido en el barco de Barbanegra, pero él consiguió darme la vuelta y quedar encima mía pegándome puñetazos en la cara. Por suerte había un guardia, que me salvó de ser apaleada por los

tres gamberros.

Cuando volví a casa, fui directa a la bañera y a acostarme, no quería que Jhon se enterara de que me habían golpeado, pero al día siguiente era inevitable que se diera cuenta.

A la hora del desayuno me vio con los moratones en la cara.

— ¿Como han quedado ellos?

— ¿Como sabes que eran varios? —le pregunté.

Se levantó sin contestarme y fue a su habitación rebuscó en los cajones de su cuarto y salió de él con unas vendas. Me agarró la mano y me las puso dando vueltas sobre el puño.

—Te voy a enseñar a pelear.

Salimos al pequeño jardín trasero, no quería golpearle, cuando joven era un almirante de la marina, pero ahora no era más que un hombre mayor sujetándose con una muleta pensé.

—Empecemos —me dijo

Me protegí como pude, recordé mi última pelea Contra Ekon, fue fácil, pues hice trampa. Di por sentado que solo me podía pegar con el brazo derecho debido a que con el izquierdo estaba sujetando la muleta para no caerse. Mire su brazo derecho para esperarlo, pero en un rápido giro cambio de lugar la muleta y me golpeó con el puño izquierdo. Del golpe me pegué a mí misma con mi propio puño.

—Regla número uno, mantén los puños pegados a la cara; si no quieres pegarte tú misma— Se volvió a cambiar la muleta a su axila izquierda—. Regla número dos, no supongas nunca nada antes de un combate; créste que al ser cojo te iba a golpear con el puño que no sujetaba la muleta.

Aquella superioridad me puso de los nervios decidiendo atacar con todo lo que tenía, él aprovechó mi descuido, ya que fui a lo loco y sin protegerme. Me devolvió el golpe con la mano abierta antes de que ni siquiera le rozara.

Me llevé la mano a la mejilla.

—Cierra la guardia del otro brazo cada vez que golpeas—Jhon se quitó las vendas—. Ya ha terminado la clase por hoy, solo quería probarte, mañana seguiremos.

—Vale, una última cosa cuando me preguntaste por mi agresor ¿cómo supiste que eran varios?

Jhon se rio.

—Solo hay tres motivos por los que la gente se suele pelear, por orgullo, para proteger a alguien y para protegerse a sí mismo. Los dos últimos no podrían ser ya que no sueles meterte en líos, así que solo queda por orgullo, siempre que es por orgullo suele haber más personas, nadie se pelearía por orgullo si no hay nadie para verlo.

— ¿Y si hay muchas personas como me puedo librar?

—Es muy fácil, siempre hay alguien que lleva la voz cantante, solo hay que darse cuenta de quién es y luego patearle el culo. El resto saldrá corriendo.

Después de aquellas clases de boxeo y de un montón de reglas, también me enseñó esgrima, los golpes que me daba con la espada de madera me duraban varios días, pasaron apenas unas semanas hasta que por fin pude hacerle frente a Jhon. El viejo se quejaba de que ya no estaba para recibir golpes, y ponía la excusa de que en sus tiempos me habría ganado.

Al día siguiente me volví a encontrar con aquellos chicos en el mercado.

— ¿Que tal esta tu ojo? —dijo el chico rubio pegándome un empujón.

De nuevo era el primero que hablaba y el que llamaba más la atención, según me había dicho Jhon ese era el que tenía que golpear para que me dejaran en paz.

Se adelantó lanzándome un crochet, y como había aprendido con las clases de Jhon, lo esquive con sutileza pasando mi cabeza por debajo de su brazo y dejando libre un hueco, después le golpee con mi izquierda. Este se llevó la mano a la cara, fue entonces cuando se enfadó de verdad y me lanzó un directo, ahora me parecía fácil, solo tenía que quitarme su puño con un leve toque haciendo que su brazo cayera dejándome otro hueco para golpearle. Esta vez cayó al suelo haciendo que sus compañeros se asustaran y salieran corriendo. De nuevo el guardia nos vio peleando y me acompañó en persona hasta la casa de Jhon.

Este abrió la puerta.

— ¿Que ha pasado?

—Señor, su sobrina ha dado una paliza a un niño en la calle, debe de

tener más cuidado.

—Claro —dijo Jhon—. Mis disculpas.

El guardia se marchó, Jhon posó sus ojos fijos sobre mí.

—Creo que ya se cómo puedes conseguir dinero para volver a tu casa y ver a tu madre.

Hay fue cuando Jhon decidió enrolarme en la marina, lo había pasado muy mal en sus últimos días, pero como antiguo almirante no podía desperdiciar un talento como el mío. Iba contra sus principios. Jhon me aconsejó que me rapara el pelo y que me disfrazara como un hombre, como ya había hecho. Pero le conteste que ya estaba harta de aparentar lo que no era, quería demostrar que podía hacerlo sin esconderme, siendo una mujer.

Me advirtió que iba a ser difícil. Crearía muchas envidias entre los novatos. Pero yo confiaba en mí y en mi determinación para conseguir lo que quería. Dinero para volver a casa.

Jhon decidió acompañarme en persona hasta las instalaciones de la marina de Virginia, un carruaje vino a por nosotros por lo que tardamos pocas horas en ir. Cuando lleguemos aquello me sorprendió, las instalaciones estaban al lado de un puerto, por lo que se veían barcos encallados, hombres vestidos de blanco, corriendo y haciendo natación, busque por todo el lugar, pero no veía ninguna mujer. Y iba a ser la única.

Cuando pasé por delante con Jhon, se me quedaron mirando extrañados, Jhon era muy conocido allí, se había distanciado de la marina, pero de vez en cuando visitaba ese lugar ya que el Comodoro era amigo suyo.

Entramos en el recinto y el Comodoro nos recibió en el despacho.

—Con que esta es la chica que me recomendaste.

—Sí, creo que puede llegar lejos.

—Estás segura de que quieres enrolarte, esto es duro chica.

—Sí, estoy segura.

—Pues nada más que decir, bienvenida a la marina británica de Virginia.

Capítulo 9

Día 125

El primer día en la marina fue horroroso, me puse aquel traje blanco y azul con un sombrero marinero dejándome la coleta suelta, seguía empeñada en que se dieran cuenta de que era una mujer. Por la mañana temprano nos reunieron a todos para hacer una serie de ejercicios que servían de entrenamiento. La prueba acuática era muy dura, hacíamos varias millas a nado para luego volver lo más rápido posible, eso sí, siempre con los chiflidos de un superior soltando maldiciones cada vez que descansábamos. La carrera no fue menos difícil, quedaba la última en todas las pruebas y mis compañeros se reían de mí. La única que se me daba mejor era la de atar nudos, haberme enrolado con piratas me dio ciertas ventajas en ese sentido. Después de toda la mañana de ejercicios y pruebas estaba agotada. Cuando llegó la hora de comer me senté en una mesa sola, era obvio que nadie se quería sentar con la chica mimada que había entrado a la marina gracias a su amigo ex almirante.

La comida estaba asquerosa, pero ya me había acostumbrado a eso hace tiempo. Después de comer llegó la hora de entrenar con la espada. Me toco luchar contra un chico llamado Alexander White. Era un joven moreno, bastante repeinado, sus ojos reflejaban confianza, la mirada me recordaba a todos los que me habían hecho daño todos esos meses atrás.

—Tú eres la que fue recomendada por un almirante ¿No? —dijo con aires de superioridad.

—Si —le respondí.

Los chicos que estaban alrededor nuestra no paraban de animarle.

— ¡Vamos Alex, machácala! ¡Demuéstrale quien manda!

Alex escupió al suelo.

— ¿Te han pagado tus papis la carta de recomendación?

Desenfunde la espada de madera.

— ¿Quieres comprobarlo? —le respondí.

¡Empezad! —Dijo el teniente segundo.

Alex me atacó de frente, demasiado confiado, subestimando mi habilidad para esquivarlo. Di un pequeño giro sobre mí misma y le asesté un golpe en el costado.

— ¡Solo ha sido suerte Alex! —dijo un amigo suyo.

Volvimos a nuestra posición, Alex se tranquilizó respirando hondo para concentrarse. Esta vez se le veía mucho más atento. Nos devolvíamos golpes y los bloqueábamos, en uno de esos intercambios me despiste dejando que me diera un estoque en la barriga.

—Uno a uno —dijo el teniente segundo.

La pelea estaba muy igualada, cuando llegamos al tres a tres el teniente paró la pelea.

—Vale, esto es un empate, los siguientes.

Alex volvió a su grupo de amigos, no dejaba de mirarme de reojo ya que había herido su orgullo. Me he dejado empatar les decía a sus amigos.

El siguiente combate le tocó a uno de los amigos de Alex llamado James, contra otro chico debilucho y con gafas llamado Tom, el combate empezó. el primer golpe le dio a Tom en toda la frente.

—Uno a cero.

Todos se reían de él, acabo recibiendo la mayoría de los golpes, el pobre estaba lleno de moratones.

—Tres a cero.

Estábamos casi todo el día entrenando para ser buenos marineros, limpiábamos las instalaciones, comíamos y luego dormíamos.

Llegó la hora de cenar, la comida tenía un aspecto asqueroso más que la de los piratas. Cuando le di un bocado a mi comida noté un fuerte olor seguido de un sabor picante, la boca me quemaba, si bebía agua me quemaba aún más, me levanté y la escupí en la papelera.

Todos se rieron, busqué el culpable con la mirada, era demasiado obvio, Alex me miraba dibujando una sonrisa perversa y con un bote de picante en la mano agitándolo para que me diera cuenta de que había sido él.

Mi superior, al ver que tiraba la comida me castigó quedándome en la cocina pelando patatas. Cuando terminé ya era muy tarde así que volví a la habitación donde dormíamos todos. Cuando me metí en la cama noté algo raro, sentí un fuerte hormigueo en los pies, miré debajo de la manta,

no me lo podía creer estaba llena de cucarachas. Me levanté rápido quitándomelas de las piernas, escuchaba pequeñas risas en mitad de la oscuridad.

Decidí salir e irme al lavabo a dormir, Cerré la puerta y me quedé dormida en una esquina, el suelo estaba frío y húmedo, pero ya me estaba acostumbrando a dormir en situaciones difíciles.

A la mañana siguiente me desperté bastante tarde, no había logrado dormir bien, el fuerte olor a orina me lo impedía. Cuando llegué ya habían empezado el entrenamiento.

—Llegas tarde, veinte minutos más corriendo para el resto.

Para colmo el teniente estaba poniendo a todo el grupo en mi contra, me dejó descansando mientras que ellos corrían veinte minutos más. No podía dejar que pasara eso así que decidí ponerme a correr con ellos.

—Pequeña grumete, te he dicho que te quedaras aquí.

Seguí corriendo y le saqué el dedo medio al teniente, eso hizo ganarme un poco más de respeto de mis compañeros sin yo saberlo, cuando terminé de correr el teniente me agarró del brazo tirando de mí.

—Vamos a ver al comodoro. Te mereces un castigo por esto.

Llegué a su despacho, el comodoro me recibió con una sonrisa, sabía lo que había hecho, pero no me regañó.

—No te voy a castigar, Dayana. Ya es bastante duro ser una mujer marine como para ponerte las cosas más difíciles, así que puedes retirarte.

El comodoro no lo sabía, pero no castigarme, no haría más que empeorar las cosas haciendo que me vieran como a una niña mimada. Por ello cuando salí del despacho fui directa al lavabo, cogí un cepillo y un cubo saltándome la hora de comer para limpiar el comedor a plena vista para que todos vieran que fui castigada. Alex y sus amigos se reían de mí, pero en cambio otros me miraban sorprendidos por mí valentía.

Los siguientes días seguía durmiendo en los baños, tenía miedo de las trastadas de mis compañeros. Al menos dormí mejor las siguientes veces y pude escuchar la campana y así no llegar tarde.

Una mañana el teniente nos reunió a todos en el patio para decirnos algo importante.

—A partir de hoy, las pruebas serán muy importantes, los cuatro primeros que destaquen en ellas serán elegidos para ir a una expedición por parte

del capitán Robert Maynard, si sobreviven a esa expedición serán ascendidos y podrán trabajar aquí y cobrar por ello.

Todos se miraron un poco incrédulos.

—A sí que ya sabéis, a trabajar duro si no queréis que vuestro compañero os adelante y consiga el puesto.

Era mi oportunidad para conseguir el dinero y visitar a mi madre. Si iba a aquella expedición con Maynard seguramente ascendería y ganaría dinero para visitarla. Tenía que hacer lo que fuera necesario para quitarme a la competencia, entonces me di cuenta de que esos eran los pensamientos de la mayoría de los presentes, era obvio que intentarían impedir que sus competidores pasaran las pruebas con éxito. Habría un enfrentamiento entre todos. La mayoría iría a por mí, pero ¿y si hago lo contrario? y si en vez de molestar al resto me hago amigo de ellos y así tengo un grupo en el que resguardarme. Dejando que se fastidiaran entre ellos pensé.

El teniente terminó su discurso y la gente se dispersó para seguir con las tareas, vi a Tom entre la multitud. Decidí que ya era hora de empezar a reclutar gente.

— ¡Pss! Tom.

Él se giró sorprendiéndose de que alguien lo llamara.

— ¿Es a mí?

—Claro que es a ti ¿Tú quieres ese puesto verdad?

—Sí, lo quiero.

Le indiqué que se acercara para que nadie más pudiera escuchar.

—Tengo un plan, vamos

a buscar a más gente que quiera el puesto. Dos más para ser exactos, nos protegeremos entre nosotros a la vez que impedimos que el resto pase las pruebas, se pelearan entre ellos y nosotros las pasaremos. ¿Qué te parece?

—Guau, es genial. Yo buscaré a otro más.

Ya estaba más cerca de volver a casa. Para la hora de cenar, Tom había encontrado otra persona, era un chico alto y bastante fuerte llamado Mike, pero no era muy popular ya que su inteligencia escaseaba.

Por fin iba a dejar de comer sola. Había dos compañeros conmigo.

Aprendí de la última vez y me aseguré yo misma de no perder de vista mi plato y el de mis compañeros. Escuchamos una discusión en el comedor, era Alex con su amigo James.

— ¡Crees que voy a fallar a posta las pruebas para que tú te asegures de que te escojan! —dijo James.

—Para eso están los amigos ¿no? —Dijo Álex.

—Eso no se llama amistad, si no conveniencia —James se marchó del comedor enfadado.

Yo me levanté para seguirlo, se había ido a los baños para limpiarse la cara y tomar un respiro.

—James —me acerqué.

— ¿Qué haces tú aquí? Vete.

Me volví a acercar, pero él me paró los pies agarrándome del cuello.

—Espera, tengo una idea para que consigamos el puesto.

Su mano se aflojó.

—Te escucho.

Le conté mi plan. Al principio no estaba muy convencido, pero al final lo aceptó uniéndose a nuestro equipo. Volvimos al comedor, James se sentó en nuestra mesa.

Alex lo miraba con recelo mientras que él lo ignoraba.

A Tom le molestó que James se uniera al equipo.

— ¿Que hace el aquí? —preguntó.

—Tranquilo —le dije—. Él también quiere el puesto, no hay problema.

Cuando llegó la noche por fin pude descansar en el dormitorio común, pusimos todos nuestros sacos de dormir cerca en una esquina para verlo todo e hicimos guardia.

Nos turnábamos los ratos de descanso de cada uno. Cuando me tocó a mí, descubrí lo importante que era tener a alguien a tu lado. Esa noche había bebido mucho vino. Sé lo robábamos al comodoro de su bodega. Era un

poco despistado así que no se daba cuenta. Me entraron muchas ganas de entrar al baño por lo que me levanté dejándolos solos por un momento.

Cuando terminé alguien me esperaba en la salida.

— ¿Dónde crees que vas? —me dijo Alex.

—Déjame, no busco problemas.

— ¿Cómo has conseguido que James sé una a tu equipito de perdedores?

Intenté salir del baño ignorándole, pero me cortó el paso.

—Déjame salir.

— ¿Y si no quiero que harás?

—Te daremos una paliza—dijo una voz detrás de él.

Eran James y los demás. Por suerte James se desveló dándose cuenta de que no estaba. Y despertó al resto para buscarme.

Alex se apartó para dejarme pasar con una pequeña reverencia burlona.

Ya te haré la vida imposible cuando me asciendan —Me dijo mientras volvíamos al dormitorio.

Ideamos un plan para hacer que el resto faltara a las pruebas, Mike conocía un hombre que vendía un débil veneno oriental que provocaba diarreas, mientras uno distraía el resto repartía el veneno por las mesas. Para cuando llegaban las pruebas había gente con fuertes diarreas en los baños sin llegar a hacerlas, perdiendo así poco a poco puntos. Uno de ellos fue Alex, al que nos tomamos la molestia de echarle un somnífero. Haciendo que no despertara a tiempo para la prueba de disparo.

Pasaron los días y seguían molestándose entre ellos mientras que nosotros nos protegíamos el uno al otro. Las pruebas las hicimos más o menos bien, pero daba igual porque no nos habíamos saltado ninguna prueba y los demás al menos lo había hecho una vez.

Llegó el día de nombrar a los que irían a aquella expedición, el teniente nos volvió a reunir a todos.

—¡Atención! hoy por fin es el gran día. Tengo la lista de quienes serán los que acompañarán al capitán Maynard.

Sacó un papel de su bolsillo y dictó los nombres.

—James Howland

Todos vitorearon, la verdad es que era bastante popular allí. Era uno de los nuestros así que todo estaba saliendo bien.

—Mike Hawk

Pocos le aplaudieron. Todavía faltaban dos y no me habían nombrado. Era frustrante.

—Alex White.

De nuevo volvieron los vitoreos. Todo iba mal. Él no tenía que estar en la lista. A pesar de nuestros esfuerzos por qué no lo eligieran, era demasiado bueno en las pruebas.

Solo faltaba uno, la verdad es que tenía pocas esperanzas en que me nombraran, en natación y atletismo saqué muy mala puntuación, pero en atar nudos y esgrima destacué del resto, aun así. Estaba nerviosa.

—Y, por último. Dayana Flich.

Mis compañeros se sorprendieron, no se esperaban que una mujer llegara tan lejos, pero nadie sabía que llegaría aún más lejos.

Capítulo 10

Día 216

Era diecinueve de noviembre, ya habían pasado unos tres meses desde que nos eligieron para unirnos al capitán Maynard. Acompañamos al teniente a los muelles de Hampton, de nuevo un carruaje nos llevó hasta allí, el muelle era más grande que el de las instalaciones de la marina, El capitán Maynard nos esperaba. Era bastante alto, con el pelo castaño y rizado llevaba el típico traje blanco, pero con una casaca azul de capitán.

— ¿Estos son los elegidos? —Preguntó Maynard

—Sí, los mejores grumetes que han salido este año.

Maynard me miró con el ceño fruncido.

— ¿Eres una mujer? —me preguntó.

—Si capitán—Le respondí.

—Bueno, si te han elegido será por algo —Levantó el brazo y señaló su barco—. En marcha.

En el muelle estaban fondeadas dos balandras de tamaño medio, de color blanco y con la bandera de la marina británica elevada en todo lo alto. En el casco ponía sus nombres The Ranger y The Jane. Lo que más llamaba la atención era que ninguno de los dos barcos tenía cañones.

—No tienen cañones—Le dije.

—Necesitamos barcos rápidos. El buque que perseguiremos lo es, y mucho.

— ¿A quién vamos a perseguir? —Le preguntó Alex.

—Si lo supierais no querríais venir.

Los cuatro nos subimos a la balandra "The Ranger"

Los días en aquel barco se me pasaron muy rápido, comíamos, limpiábamos la cubierta, hacíamos y deshacíamos nudos para controlar el velamen y luego dormíamos. La monotonía me estaba agotando y para

colmo tenía que aguantar las bromas del resto de los marineros.

— ¡Eh! Tú, muchacha, ten cuidado esta noche, puede que te visite un viejo amigo mío.

—Pues puede que le corté el cuello a tu amigo —Le respondí.

El resto de marines se rieron de él. Desde entonces les pedí a Alex y a Mike que hiciéramos guardia por las noches, no me fiaba de ellos.

Todo iba muy tranquilo durante esos dos días, la mar en calma, el cielo despejado. Pero la cosa iba a cambiar.

— ¡Barco a la vista!

Nos encontrábamos cerca de la costa de Ocrakocke, el sol se estaba poniendo, Me asome por la borda, era un buque mediano con varios cañones, ninguna bandera ondeaba el mástil como la de la marina inglesa, la española o la pirata. Pusimos las velas en facha para estar lo más parados posible, lo que costó una barbaridad. Un bote con un par de hombres se acercó a la costa para comprobar si el barco era amigo o enemigo. Cuando el bote estaba ya cercano al buque se escuchó un cañonazo seguido de humo debido a la pólvora.

El buque desplegó la bandera negra, como sabrá todos los piratas tienen su bandera insignia, pero desde allí no logre distinguirla. Levó anclas y se metió por los canales para intentar despistarnos. Era rápida, como decía Maynard sin embargo la idea de no poner cañones a nuestros barcos ayudó bastante a alcanzarlos.

Pasamos al lado de la costa, un grupo de piratas dejados en tierra se dieron cuenta de nuestra presencia, se subieron a unos botes, al pasar por su lado algunos piratas consiguieron lanzar unas cuerdas atadas a unos ganchos para subirse al barco.

Un pirata me interceptó lanzándome una estocada la cual esquivé con habilidad. Le di una patada en forma de empujón, seguido de un golpe de espada. El pirata la bloqueó. Ya no nos encontrábamos en las prácticas de la marina era un combate real con espadas reales y personas reales. Por detrás alguien me agarró poniéndome un cuchillo en la garganta, creí que estaba muerta. Ya está, pensé, he aguantado demasiado tiempo viva.

Se preparó para rebanarme la garganta entonces fue cuando una espada se cruzó en su camino desde un lateral, clavándose en sus costillas.

Le di un codazo y me deshice de él.

James me guiño un ojo y siguió combatiendo. Me salvé por los pelos.

Centré mi mirada de nuevo en el pirata enfrente mío, estar tan cerca de morir me hizo entrar en un estado de euforia, a base de tajos y arcos con la espada logré tumbarlo de un golpe.

Miré a mi alrededor, el barco estaba más tranquilo hasta que una bala paso cerca mía.

— ¡Agachaos! —Gritó Maynard—. No le ha dado tiempo a embarcar a sus compañeros debe haber pocos en el barco.

Pasamos la costa, pues los disparos cesaron. Al capitán les dio una idea.

— ¡Quedaros agachados! —ordenó.

Aquel ataque por sorpresa hizo que el barco enemigo ganara ventaja. Nos metimos en los canales para perseguirlos. La marea estaba baja quedaba un poco para que se hiciera de noche. Quedamos los tres barcos encallados en fila. La mitad estábamos escondidos, pero yo me asomé un poco por la borda. El capitán del otro barco se asomó por la popa. Me quedé paralizada cuando lo vi de nuevo. No podía creer donde me había metido, el barco que estábamos persiguiendo era el de Barbanegra.

Él y Maynard cruzaron miradas entablando una conversación entre amenazas.

— ¡¿Crees que vas a acabar con el gran Barbanegra?! —dijo disparando al cielo con sus dos pistolas—. No podrás ¡hip! capturarme.

—No eres intocable. Yo te lo demostraré.

Barbanegra le disparó, pero estaba demasiado borracho como para darle. Maynard ni siquiera se inmutó.

—Te mataré, a ti y a todos tus hombres —dijo Barbanegra.

—Eso habrá que verlo.

Empezaba a ocultarse el sol y la marea subía, no corría nada de viento. Barbanegra se dio cuenta y pronto sacó los remos y nuestro capitán lo imitó. Escapamos de allí y salimos a la mar. El otro barco se quedó encallado y no pudo salir, pero el nuestro y el de Barbanegra comenzaron una carrera. Se estaba alejando poco a poco de nosotros, no llegábamos a alcanzarlo. Era cuestión de tiempo que se separara varias millas de nosotros.

— ¿A cuántos nudos vamos? —Pregunto Maynard.

Mike y yo fuimos corriendo a por el medidor, consistía en una cuerda con nudos atados a la misma distancia y un peso al final. Mike sacó su reloj de bolsillo.

— ¡Ya! —me dijo.

Solté la cuerda y cayó de forma forzada al mar. Al cabo de un minuto me volvió a avisar. Paré la cuerda con mis manos rozándomelas y provocando una pequeña quemadura.

— ¡Tres nudos!

El capitán no estaba conforme con la velocidad, el barco de Barbanegra podía ir a cuatro nudos usando los remos.

—Vamos muy lento, echad por la borda lo que no necesitemos.

Cargamos bolsas de algunos utensilios inútiles, la basura de la comida, etc. y la tiramos por la borda. Volvimos a comprobar la velocidad.

—Cuatro nudos.

—Eso está mejor.

Nos pusimos a la par de Barbanegra, este nos lanzó dos cañonazos. No sabía para que nos ocultábamos, pero allí seguíamos detrás de la borda, Maynard me llamó.

—Tú, la chica ven aquí.

Maynard se puso en medio dejándome a su lado. Descubrí lo que estaba tramando, quería hacer creer a Barbanegra que solo quedábamos nosotros dos. Barbanegra estaba borracho así que cayó en la trampa. Nos abordó con los diez hombres que le quedaban mientras que nosotros éramos unos treinta, pero no lo supo hasta que abordo el barco.

De un salto llego hasta la cubierta, me miro de reojo. Al reconocermelo se quedó un poco paralizado. Maynard lo aprovechó para dispararle. Pero eso no lo consiguió parar.

Los marines salieron de sus escondites peleando contra los piratas mientras que Barbanegra tras aquel disparo. Sacó su gran sable. La batalla entre ellos fue espectacular, Alex miró a Barbanegra e intento acercarse con espada en mano. Sabía perfectamente lo que quería, quería ser el que lo matara. Así, ascender hasta un buen puesto. Le paré los pies

golpeando su espada.

— ¿Qué haces? —me preguntó.

No sabía que responderle, se supone que estábamos en el mismo bando, se me ocurrió una idea para salir del paso.

—Te parare los pies, traidor, no le harás nada al capitán Maynard.

Alex me miró extrañado.

— ¿Un traidor? no digas tonterías.

—Te pillé hablando con un pirata. Ninguno te atacó. Eres de la tripulación de Barbanegra— dije esperando a que me siguiera la corriente.

Maynard escuchó la conversación mientras luchaba con Barbanegra.

— ¿Eso es verdad? —dijo preguntándole.

Por una vez en la vida iba a tener suerte y es que Barbanegra en realidad conocía a White padre, pues ambos participaron en la guerra de sucesión española. Su hijo Alex White era la viva imagen de su padre. Así que Barbanegra lo reconoció.

—Puedes dejar de mentir White.

La cara de Alex cambio de expresión al saber que conocía su apellido.

—Pero...

El sonido de una bala lo cortó.

Maynard consiguió disparar a Barbanegra a quemarropa, este le respondió con un sablazo que cortó su espada por la mitad.

Me quedé paralizada, no sabía qué hacer, seguir las ordenes de Maynard o ayudar a Barbanegra a salir de esta. Saqué mi cuchillo mirándolos a ambos. Entonces fue cuando un marine pasó al lado mía, saltó hacia Barbanegra y le clavó un cuchillo en el costado desde su espalda.

Apreté mi cuchillo, no podía dejarlo morir, él me había ayudado a sobrevivir entre sus piratas y me había acogido. Tenía que salvarlo. Me adelante para clavarle un cuchillo en la espalda a Maynard.

Pero Barbanegra parecía que había leído mis intenciones sacó su pistola dándome un tiro en la pierna. Al principio no lo comprendí, pero Barbanegra sabía que estaba perdido, si yo mataba a Maynard, acabaría

muerta en la horca.

Caí al suelo, la bala no llegó a hacerme más que un rasguño, entonces fue cuando vi que todos los piratas estaban muertos, Barbanegra se encontraba rodeado. Los Marines le golpeaban, le disparaban y le acuchillaban, pero él no caía. Después de todo parecía verdad la leyenda de que hizo un trato con el diablo.

Tras un montón de golpes recibidos, cayó al suelo desplomándose como si de un árbol se tratara.

Las lágrimas se me cayeron. Mis compañeros creían que eran lágrimas de alegría y no de tristeza.

Maynard no dudó ni un instante agarró la cabeza de Barbanegra y se la cortó.

Como vos ya sabéis agarró la cabeza y la colgó del mástil. Cuando regresamos a Hampton la clavó en una estaca en la desembocadura del río, en mucho tiempo no volví a ver piratas por aquel lugar.

<<Consiguió que la ascendieran, ¿no es así?>>

Si, mi valiente acto, descubriendo un supuesto traidor y deteniéndolo me hizo ascender rápido. En cuanto a Alexander, lo investigaron por traición, pero no llegó a nada, eso sí. No pudo volver a ejercer de marine. Tras ello regresé a casa. Ya tenía dinero suficiente para hacerlo. Pero cuando volví, ya era demasiado tarde mi madre había muerto de una enfermedad poco conocida. Decidí que la marina era mi hogar. Tarde tres años en llegar un buen puesto.

La historia es larga así que me saltaré esa parte yendo directamente hasta donde usted quiere llegar.

Capítulo 11

Año 3

Después de tres años de contralmirante, me trasladaron a Jamaica.

Todo empezó cuando un cazador de piratas vino a mi despacho.

—Jonathan Barnet —lo recibí — ¿Que hace aquí un cazador de piratas?

—El gobernador de Jamaica, me pidió que viniera aquí a por mí recompensa.

— ¿Recompensa? —Pregunté.

—He capturado tres buenas piezas.

—Está bien, ¿tienes la carta del gobernador?

—Si —Dijo mostrándome una carta con el sello oficial.

La carta decía:

Día 25 de octubre de 1720.

Con la correspondiente captura de los piratas, Jack Rackham "El Calico", Anne Bonny "Boom" y Mary Read.

El cazador de piratas Jhonathan Barnet le corresponde la suma del precio por sus cabezas. Por

Ello y por orden del Gobernador Nicholas Lawes, pido a la contralmirante de Jamaica Dayana Flich.

Que entregue al cazador la recompensa acorde.

Creía que estaba soñando, volví a mirar los nombres de mis amigos para comprobar si había sido imaginación mía, por desgracia no fue así. Los nombres de Jack y Anne estaban escritos, los habían capturado.

Busqué entre los cajones los precios por sus cabezas, cogí el dinero y se lo entregué. sellé la carta para que el gobernador supiera que había cumplido y la mandé a enviar. Me quedé sola en mi despacho, no lo podía creer ya había perdido a demasiadas personas, no estaba dispuesta a perder a más.

A dieciséis de noviembre, me llegó el informe de captura. Fueron perseguidos por una goleta encañonada hasta ser arrinconados, cuando abordaron el barco se dieron cuenta de que todos los piratas estaban borrachos, incluido Jack, las únicas que se resistieron fueron Anne y una tal Mary Read. Llegaron a matar ellas solas, a unos diez piratas, luchando como verdaderas bestias, según me contaron los tripulantes del barco, su determinación en el combate hizo temblar a Jhonathan.

Pregunté que había sido de Charles Vane, me respondieron que Vane hacía tiempo que ya no era el capitán de aquel barco, Jack había conseguido robarle el puesto.

Por un momento me alegré de que hubiera logrado ser el capitán, pero luego volví a la realidad. Habían sido capturados.

Pedí un carruaje que me llevara hasta donde estaban encerrados, Spanish Tawn. Llegué justo a tiempo para el día del juicio. Entré en la sala y me senté en la última fila.

—Señor Jack Rackham se le acusa por delitos de piratería tales como robo, ultraje contra la Reina, asesinato, estupro contra una dama real.

— ¡Eh! que fue ella la que se me abalanzó, y lo del asesinato solo fue en defensa propia.

Me acerqué unas filas más adelante desde donde le podía ver la cara, allí estaba Jack con su casaca roja y su perilla. Se giró y me miró. Quedo muy sorprendido al verme allí, me hecho un pequeño vistazo para comprobar si de verdad era yo, luego me guiño un ojo.

—El gobernador está dispuesto a escuchar tu perdón, si te arrodillas y le besas los zapatos. Lo aceptará.

Jack escupió en el suelo.

—Nunca, estaría en contra del legado pirata.

De nuevo escuchaba aquella palabra, el legado pirata. Barbanegra ya me había hablado de ello, pero nunca me contó lo que era.

—Está bien. El acusado se considera culpable.

— ¡Esperad! —Le dije.

Me había guardado un as en la manga por si alguna vez lo necesitaba, lo busqué durante esos tres últimos años y por fin lo había encontrado meses atrás. El informe que encontró Jhon, en el que explicaba como la

marina había matado a sus padres.

Le leí aquel manuscrito firmado por un Almirante de flota. Y luego se lo entregué.

—Está claro, que los actos del acusado han sido incitados por el odio que tenía hacia la marina, no puede llevar a la horca a alguien que la marina misma ha creado.

La concurrencia empezó a murmurar.

—¿Como es que estas de lado de un pirata? Contralmirante.

—No estoy del lado de nadie, solo de la justicia. Y esto no es justo
—objeté

Lo siento, pero no es suficiente para librar a este malnacido de la horca
—dio un golpe de martillo—. Se levanta la sesión.

Se lo llevaron de vuelta a la celda. Ya estaba decidido que iba a acabar en la horca.

El día de antes, decidí visitar a Anne. Me acompañó un guardia hasta los calabozos, él me siguió, pero le insté que me dejara sola con ella.

— ¿Está usted segura?

—Sí, tranquilo. Se cuidarme.

Me abrió la celda y la cerró, para luego marcharse con los oídos atentos por si necesitaba su ayuda.

Allí estaba Anne sentada y acurrucada con los brazos juntos y mirando al suelo, detrás de mí note una mano fría que me agarraba, me estaba quedando sin aire, cada vez apretaba más.

—Ya la tengo.

Anne levantó la mirada y al instante se dio cuenta de que era yo.

—Suéltala, la conozco.

Noté alivio al sentir como me soltaba, Anne se acercó a mí y me dio un abrazo.

—Ya veo que te has vuelto de los malos ¿No?

—Bueno, no tenía a donde ir así que...

La otra chica me miró de arriba abajo. Era morena y con el pelo rizado, parecía tener el mismo fuerte carácter de Anne.

— ¿Conoces a una contralmirante?

—Si — le respondió—. La conocí cuando vivía en Nassau, era la camarera de un burdel.

La miré con impotencia no podía hacer nada por ella.

—Ya sé lo que me vas a decir, no me puedes sacar de aquí —me dijo—. Pero si puedes hacerme un favor. Déjame hablar con Jack.

Cumplí su favor, le llevé a la celda en donde Jack se encontraba, el guardia no necesitaba explicaciones de por qué la sacaba de la celda. Solo obedeció.

Jack la miró y le dio un abrazo, pero ella lo recibió con una bofetada.

—Estabas borracho. Si hubieras peleado, ahora no habrías acabado, así como una rata.

No le dirigió más la palabra, solo me pidió que la devolviera a su celda.

Al día siguiente, lo trasladaron a Gallows Point, Port Royal. Unos verdugos lo acompañaron hasta la horca y le colocaron la soga. El juez estuvo presente como autoridad y para verificar su muerte.

— ¿Cuáles son tus últimas palabras? —preguntó el juez

Jack, levantó la cabeza orgulloso y alzo la voz delante de la multitud de la plaza haciéndose el silencio para escuchar lo que tenía que decir un pirata tan famoso.

—¡Creéis, que vais a parar esto! Matándome a mí y exhibiéndome delante de todos, el legado pirata seguirá generaciones y generaciones, siempre va a haber revolucionarios, libres pensadores e inconformistas que no están de acuerdo con vuestras leyes absurdas y vuestra opresión. Voy a demostrar que esto no ha acabado, Hay un enorme tesoro escondido, Encontré el mapa hace tiempo. ¡Reto a todos los piratas del mundo a buscarlo, y desgraciado sea el canalla que lo encuentre pues no podrá ni cargarlo en su barco!

El verdugo tiró de la palanca, aparte la mirada no quería verlo morir. Tras ello todo se quedó en silencio. Pero el rumor de las últimas palabras de Jack se divulgó rápido como el viento y eso hizo que aumentara casi el

doble los delitos de piratería en los cinco años siguientes.

Busqué al juez y le pregunté el por qué Anne Bonny y Mary Read no habían sido juzgadas.

—Han declarado que están embarazadas. Si es cierto habrá que esperar a que nazcan los niños. Y luego condenarlas —me dijo.

Eso les daba un tiempo de ventaja, Tras una noche de reflexión decidí ayudarlas. Entré en los calabozos, el guardia seguía despierto.

— ¿Que hace aquí a estas horas?

—Tengo que hablar con algunos presos, me han ordenado recabar información.

El guardia me dejó pasar, volviendo a su asiento. Cuando Anne me vio se acercó a mí, se le veía un poco triste, habían matado a Jack y ella era la siguiente.

— ¿Que pasa Dayana?

Busqué a Mary Read pero no la encontraba.

— ¿Y tu amiga?

Anne agachó la cabeza.

—Cayó enferma.

—Lo siento. He venido a sacarte de aquí.

Saqué la llave que le había robado al guardia y abrí la celda. Ella me abrazó y salió corriendo haciéndome un pequeño gesto cómplice. El guardia se había quedado dormido, Espere un tiempo para darle ventaja y me tire al suelo quejándome.

El guardia se levantó asustado.

— ¿Que ha pasado?

—Me ha golpeado y se ha escapado —le respondí.

Se marchó corriendo y dio la voz de alarma, pero ya era demasiado tarde, había escapado.

Al día siguiente escuché una conversación que jamás olvidaré, iba a visitar al gobernador, llegué a la puerta de su despacho, estaba entornada. Oí

hablar al gobernador con otra persona así que me quedé esperando fuera para no molestarlo. Mi curiosidad era grande así que presté atención a la conversación.

—Señor, ese maldito Jack ha mencionado el mapa. A partir de ahora habrá muchos piratas buscándolo —dijo una voz que me sonaba bastante.

—Si tu capitán hubiera hecho su trabajo no habría pasado esto —dijo el gobernador.

—tuvimos problemas por el camino, nos robó el mapa, contra Barbanegra las posibilidades de ganar la batalla son escasas.

Tuve un mal presentimiento al escuchar la conversación. Abrí la puerta de golpe sin pedir permiso y al ver esas dos personas juntas lo comprendí todo.

El oficial Ben estaba reunido con el gobernador, su capitán Alan era un corsario bajo las órdenes del gobernador. Eran ellos los que estaban detrás del mapa. Alan... ¡No! el gobierno me hizo esto, mató a mi padre, a Mamadou.

Me sentí fatal Jack y Barbanegra habían tenido el mapa y fueron perseguidos por mi culpa.

Y yo estaba trabajando para ellos, para gente como el sargento Garry que acosaba a las ramerías y nadie le decía nada, el almirante de flota que decidió acabar con la vida de la familia Rackham por el bien del gobierno, Maynard que persiguió a Barbanegra solo por recuperar el mapa. En ese instante descubrí de qué bando estaba.

No lo dude un segundo salí del edificio y corrí calle abajo hasta llegar al puerto, en una jaula exhibido como un perro estaba el cuerpo de Jack, su bandera estaba al lado medio rota. La tomé y me dirigí al puerto. Encontré uno de los buques de la marina y me subí a él sin dar explicación alguna. Icé la bandera la que sería mi insignia hasta que encontrara una más acorde a mis gustos y zarpe.

Capítulo 12

Epílogo

La peluca del juez le hacía rascarse la cabeza de vez en cuando, fueron muchas las horas escuchando aquella historia, ahora tenía que decidir. Por un lado, aquella pobre muchacha lo paso muy mal en su juventud y aquello pudo haberla conducido a hacer lo que hizo, por otro lado, cuando por fin encontró una vida cómoda y tranquila decidió huir para convertirse en pirata por su propia cuenta.

En sus manos tenía la vida de Dayana, era el juicio más complicado que había tenido hasta la fecha. Desde pequeño confió en la justicia y por eso se hizo juez. Se ponía a prueba su criterio.

— ¿Esa es toda la historia? —preguntó.

—Sí, Señor Juez.

Pasaron unos cinco años desde que Dayana se hizo a la mar consiguiendo un buque y una tripulación haciéndose pirata. El día siguiente será el día de su veredicto. Por ello en las muñecas tenía unos grilletos y unos guardias la vigilaban desde su espalda impidiendo que pudiera escapar.

—Se levanta la sesión, mañana decidiremos su sentencia.

Dayana fue llevada de vuelta a su celda, mientras que el Juez se marchó a su despacho a trabajar. En él encontró al señor Thomas Handasyde, gobernador de Jamaica, estaba sentado en su despacho fumándose una pipa, lo miraba con aires de superioridad mientras daba una calada.

—Señor gobernador, ¿Que le trae por aquí?

—Quiero hablar contigo sobre el juicio de mañana.

El juez se sentó en la silla de enfrente.

—Claro señor.

—Quiero que la declares culpable.

El juez se quedó paralizado, el gobernador había venido en persona para obligarle a condenar a una acusada de piratería todo le parecía muy raro.

—Pero señor no puedo hacer eso.

— ¿Estas desobedeciendo mis órdenes?

—No, señor, pero me parece extraño.

— ¿Extraño? aquella pirata ha estado molestando al gobierno desde hace mucho tiempo, ya es hora de que desaparezca. Entendido.

—Está bien.

El juez no durmió en toda la noche, al día siguiente tenía que dar la sentencia. Después de mucho reflexionar decidió declararla inocente, todavía creía en la justicia.

—La acusada se declara...—Pero Dayana le paró los pies.

—Cuando hay que acusar a alguien los piratas lo exponemos a voto popular —dijo creyendo que iba a ser declarada culpable.

—Ya, pero esto no funciona así.

Dayana intentó salirse con la suya.

— ¿Me estás diciendo que unos sucios, rastreros y rufianes piratas ejercen mejor justicia que el gobierno británico?

Los presentes empezaron a murmurar y preguntarse si eso sería verdad.

El juez no sabía lo que hacer, para sí mismo se decía que estaba haciendo lo correcto, pero él sabía que no era así. Por eso decidió seguirle el juego.

—Está bien, lo debatiremos a voto general.

Pidió a los presentes en la sala que pusieran en un papel si pensaban que era inocente o culpable. Después recogió los papeles y los fue contando. Cinco personas habían dicho culpable y seis inocentes, pero faltaba un papel el ultimo papel que decidiría el destino de Dayana. El juez lo leyó dejándolo desconcertado.

En él, amenazaba con matar a su familia si no la condenaba.

No sabía quién lo escribió, buscó con la mirada al responsable y por fin lo encontró. Al final de la fila el gobernador lo miraba con impaciencia mientras fumaba de su pipa.

El juez no dudó.

—La acusada se declara culpable.

Los guardias se la llevaron de vuelta a su celda, ya no se podía hacer nada por ella. Al día siguiente la habían subido a la horca, en el mismo lugar donde Jack había muerto, y donde otros piratas también cayeron.

— ¿Cuáles serán tus últimas palabras? —dijo el juez.

Dayana elevó la cabeza orgullosa y dijo exactamente las mismas palabras que Jack había dicho en su día. Y de nuevo ese último aliento, ese último discurso. Heló la sangre de los presentes e hizo reflexionar a la multitud.

El verdugo tiró de la palanca haciendo caer el cuerpo de Dayana, nadie la echaría en falta solo sería otro más que añadir a la lista de caídos.

Porque ni todos los condenados son culpables ni todos los absueltos son inocentes.

Capítulo 13

Contacto con el autor

Mail: d.m.ruiz.escritor@gmail.com

Twitter: <https://twitter.com/DMRuiz5>

Instagram: https://www.instagram.com/d.m_ruiz/

Google +: <https://plus.google.com/u/1/101744860901188382424>